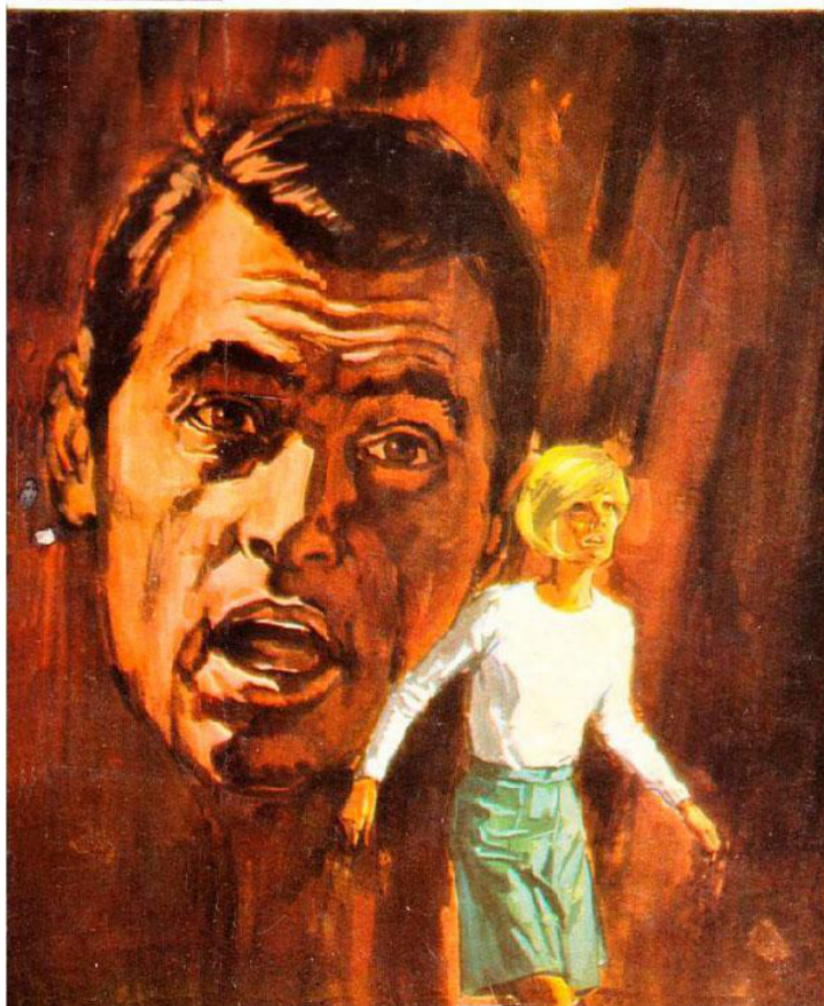




la mujer y el monstruo

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

LA MUJER Y EL MONSTRUO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 362

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 1.910 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: marzo, 1969

© PETER DEBRY - 1969
sobre la parte literaria

© JORGE SAMPER - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

983.—Aprender a no morir.

En Colección SERVICIO SECRETO:

972.—Muere como quieras.

En Colección BÚFALO:

798.—Una corona de buitres.

En Colección CALIFORNIA:

623.—Tiros por la culata.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614.—Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462.—Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

350.—El libro de las 1.001 muertes.

En Colección ASES DEL OESTE:

374.—«Kentucky Joe».

En Colección BRAVO OESTE:

413.—Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

552.—Matón provisional.

CAPÍTULO PRIMERO

Hallaron a Laura Joubert entre las dos camas gemelas de un *bungalow* junto al Sena. Parte de ella era todavía exquisita. Su cuerpo, por ejemplo, seguía siendo un prodigio de perfección, y aparecía más distinguido que nunca en su vestido de Balenciaga, sus zapatos de modelo exclusivo y un abrigo que había costado las vidas de muchos animalitos.

Fuera del *bungalow* ribereño hallaron las manos del monstruo que la había matado. Sus huellas estaban claras en el volante del coche y en la pistola que había destrozado el precioso semblante femenino.

Pronto se conoció toda la verdad.

Nunca hallaron al asesino, y, tras algún tiempo, abandonaron la búsqueda. Dijeron:

—Huyó. Huyó mucho más lejos de donde nunca podremos alcanzarlo. Sí, este monstruo mató a su esposa y luego hizo algo peor. Richard Belmond se convirtió en traidor a su patria, y ha muerto. Con su muerte, acabó el caso de Belmond, el monstruo y traidor.

La silla estaba en un pequeño charco de luz solar rusa, y se hallaba empotrada en el suelo. Sus remaches estaban dispuestos de tal modo, que su ocupante tenía que mirar forzosamente a Yegor Denikin.

Pero Denikin no le miraba. Estaba contemplando sus fotografías favoritas, clavadas en la desnuda pared.

Contemplaba las águilas formando bellas coronas sobre el picacho de los montes Ushba; los gamos, corriendo por la helada tundra, y el enorme lobo, muy quieto, blancos los ojos por el deslumbramiento del «*flash*».

Denikin sonreía al admirar aquellas fotos, porque eran las de

viejos amigos que le inspiraban cariño. Mucho más cariño del que jamás había sentido por ningún ser humano. Desvió la mirada hacia el hombre sentado en la silla, y su sonrisa se esfumó.

Denikin, el oficial de la policía secreta, el hombre que únicamente amaba a los animales, dijo, pausadamente:

—Richard Belmond... Usted ha matado a su esposa, usted ha traicionado a su patria, y ahora... ahora me ha mentido.

Richard Belmond permaneció rígido en la silla, Las palabras que oía seguían sin tener significado alguno para él. Aunque sí era cierto que Laura había muerto. Yacía en el suelo del *bungalow* del Sena. Y fuera había quedado la pistola y su coche con las huellas, mientras un avión lo llevaba hacia Rusia.

—Usted ha traicionado a su patria.

Había tenido la oportunidad. Había paseado libremente por irnos laboratorios. Y sabía de la existencia de una caja de acero conteniendo dos metros de cable, medio kilo de plomo, unas libras de cristal, cobre y politeno. Todo, vulgar; todo, material barato. Pero cuando se ensamblaban, según cierta fórmula, aquellos materiales significaban un medio de enviar un cohete al sitio elegido.

Richard Belmond replicó cansinamente:

—No. Yo nunca le he mentido.

—Muy bien. Entonces, parece que tendré que creerle. Muy en contra de mi voluntad, debo aceptar su palabra. Y lo siento por usted, Belmond, lo siento mucho.

Denikin meneó la cabeza y, una vez más, Belmond percibió el intenso aburrimiento de aquel rostro. Aburrimiento, fatiga y total indiferencia.

El rostro de un oficial que cumplía con un trabajo rutinario, por el cual era pagado, pero que conservaba parte de su mente libre en un mundo muy personal y privado. Había visto a Denikin cada día durante una semana, y empezaba a adivinar cuál era aquel mundo privado.

Un mundo hecho de varias cosas, y ninguna de ellas humana. Era la *Historia Natural* en muchos tomos ilustrados, alineados en los estantes, las fotografías en la pared. Era la ansiosa espera de las vacaciones para aislarse en paz en unas colinas y contemplar las águilas circundando el Cáucaso y las focas jugando en el verde mar

que ellos llamaban Blanco.

Era un mundo completamente distinto al normal de la Humanidad, y que le daba fuerzas e indiferencia para llevar a cabo su trabajo.

El trabajo de un oficial de la policía secreta que hizo matar a muchos más hombres de los que se molestaba en recordar.

Denikin avanzó el busto y sonrió a Belmond. Una sonrisa que recordaba la de una tía rica negando un préstamo, o la de una maestra solterona explicando las realidades de la mísera vida.

—Sí, de veras lo siento, Belmond, pero, a la vez, si realmente no sabe usted de lo que le hablo día tras día, las cosas serán más fáciles para mí. Dentro de irnos momentos deberé decirle algo desagradable, pero primero quisiera aclarar mi posición. Me agradaría supiese que no hay nada personal en aquello que tal vez me vea obligado a hacerle, ¿comprende?

Richard Belmond asintió por maquinal rutina. Siempre en silencio.

—Como muchas otras personas, tengo mi *hobby*. En mi caso, es el estudio de los animales. Me gustan mucho. En cambio, los seres humanos me aburren profundamente. Debe ser un defecto en mi carácter, pero no lo puedo remediar. Me encantaría tratar únicamente con animales. Son mucho más inteligentes, leales y buenos amigos que las personas. Pero, desgraciadamente, me es imposible pasarme días y noches con animales, porque tengo que ganarme la vida con un trabajo, ¿comprende?

La clásica pausa, reclinándose un poco en el crujiente sillón. Las coderas de piel de su arrugado traje también crujían levemente sobre la mesa del despacho. Denikin parecía estar confesando sus problemas a un viejo amigo de toda confianza, pese a la juventud del francés.

—¿Y cuál es mi trabajo, Belmond? No es vergonzoso, aunque sí pesado. Me pagan bien y, porque domino varios idiomas, además de que se supone poseo una enorme paciencia, tengo derecho a unas largas vacaciones que me hacen soportables estas fatigosas sesiones. Se dará cuenta que no quiero perder mi trabajo, ¿comprende?

Asentía Belmond. Tenía que escuchar cada día, hasta que venía el momento que le tocaba hablar. Inútilmente.

—Hay ciertos deberes desagradables, inherentes a mi trabajo.

Tengo que hacer salir a la superficie la verdad. Tengo que descubrir lo que una persona sabe, y si realmente me está diciendo la verdad. Y ahora es usted esta persona, Belmond.

Extrajo de un cajón un paquete de cigarrillos. Eran cortos y negros, con larga boquilla de cartón. Encendió uno, contemplando las primeras volutas de humo elevándose hacia el techo, antes de proseguir:

—Usted es un hombre que esperamos tenga algo para vendernos. Vino a nuestra nación por legítimos motivos comerciales, y de pronto, nos enteramos que se hallaba metido en un gran conflicto. Para ser más exactos, le aclararé que recibimos un mensaje de la policía francesa. Declaraban que usted había asesinado en forma monstruosa a su esposa el mismo día en que abandonaba París para venir a la Unión Soviética. Nos pedían que le devolviésemos a su tierra para responder de la acusación. Cuando me enteré de su caso, parecía que podía existir una afortunada solución para ambos, ¿comprende?

Y con el pitillo, trazó Denikin un arabesco en el aire.

—Por lo cual, les impedí a ciertos colegas míos que le enviaran a su patria, tal como solicitaba el *Quai des Orfèvres*. Usted es el director de una empresa que nos interesa mucho. Por lo cual fui hospitalario con usted, y le ofrecí refugio. Aunque, en compensación, esperaba que me diese algo. Simplemente, los detalles del circuito eléctrico que su compañía está a punto de terminar, ¿comprende?

El suspiro de Denikin parecía de resignación.

—Pero me repite usted ahora nuevamente que no tiene el menor conocimiento de este circuito. Que usted es meramente un hombre de negocios, no un científico, y que el circuito es únicamente conocido por su socio, un individuo llamado Lionel Feval. Durante toda una larga semana me lo ha dicho, y empiezo a creerle. Oh, lo siento, me olvidaba de mis deberes como anfitrión.

Denikin empujó el paquete de cigarrillos y un encendedor a través de la mesa.

—Y ahora ha llegado el momento para que comprenda lo que está en juego, amigo mío. El circuito que deseo tiene que ver con el «control» de los misiles teleguiados, ¿no es así? Bien... Nuestros agentes han estado muy interesados en este proyecto durante

bastante tiempo, y me han contado mucho sobre esta materia. De todos modos, no es algo vital para nosotros. No le importa mucho a mi patria. Pero a mí, sí. Y no vale la pena que usted, por algo tan sin importancia, corra el riesgo de vivir unos días realmente infernales.

Denikin recogió el encendedor, guardándolo en su bolsillo. Por unos instantes, sus dedos repicaron suavemente sobre la mesa.

—¿Cree usted, realmente, amigo Belmond, que este asunto es importante para la Historia? ¿Cree que un pueblo que puede poner en órbita un cohete necesita la ayuda de una pequeña industria de cables y material eléctrico situada en las afueras de París? No, no es Rusia la que necesita este circuito, sino yo mismo. Lo necesito para conservar mi trabajo, ¿comprende?

Contempló Denikin fijamente la punta apagada de su cigarrillo.

—El departamento para el cual trabajo se ocupa de recoger detalles sobre las investigaciones de orden militar que se llevan a cabo en Occidente. Si su Gobierno adopta este circuito, lo cual parece posible, debo tomar nota, y decirles a mis patrones en qué consiste y cuál es su eficiencia. Ésta es mi función en la vida, y mi existencia depende de ello. Y en este caso nuestro, no tendrá excusas para mi fracaso, porque el destino le ha colocado a usted en el hueco de mi mano.

Denikin dejó de repicar sobre la madera, y su mano quedó abierta ante Richard Belmond. Una mano delgada, que una mujer habría envidiado. De largos dedos finos y uñas pulidas sin exageración.

—Si realmente no posee usted esta información, entonces deberemos seguir adelante sin ella, y no me perjudicará. Mi misión es descubrir la verdad, no la de realizar milagros. Si usted no posee la información, no me exigen que la invente. Mis superiores serán tal vez ignorantes y fanáticos, pero no me recriminarán nada. Estarán, simplemente, decepcionados, y dirán: «Pobre viejo Denikin... Hizo todo lo que pudo, pero el francés Belmond no sabía nada. Quizá la próxima vez tenga más suerte».

Encendió, aspirando con fuerza el humo, y al exhalarlo seguía sonriendo, pero la mueca era distinta. Cruel sin pasión. Burocrática.

—Sí, eso es lo que dirán, pero hay una pega, me temo. Tendré que convencerles de que usted no sabe nada. Debo enseñarles a

ellos cómo ha quedado usted tras el próximo interrogatorio, y demostrar así que usted habría descrito el circuito, si realmente lo conociese.

Suspiró nuevamente Denikin con resignación.

—Sí, amigo mío, tendré que demostrarles que usted lo ignora, pero es una demostración horrible, se lo aseguro. Créame, yo no quisiera hacerlo, pero si es necesario, lo haré, y con menos compunción de la que sentiría si tuviese que torturar a una rata, ¿comprende?

La pausa se prolongó. Por fin, expuso Denikin:

—Creo haber resumido claramente la situación. El circuito en cuestión puede que no beneficie a mi patria ni a la suya, y usted puede dibujármelo o no puede. Pero, si puede hacerlo, le ruego lo haga ahora porque yo debo demostrar la verdad. De otro modo, tendré que demostrar que usted desconoce el circuito, exhibiendo su torturada persona a mis jefes. Y ahora, Belmond, ¿sigue estando seguro de que no puede ayudarme?

—Estoy seguro. Comprenda que no soy un héroe, ni mucho menos. Repito, no sé nada.

Richard Belmond contempló el reloj en la pared y el calendario. Las cuatro de la tarde del 10 de abril. Llevaba en Leningrado ocho días exactamente.

A través del humo, dijo Denikin:

—Piénselo bien, antes de decidirse. Le daré unos minutos preciosos. Medite en nuestra oferta: un refugio seguro, una casa y una pensión estatal vitalicia. Recuerde también que su propia nación le supone un traidor, que huyó a Rusia a causa de su monstruoso crimen. No tiene un solo amigo que deplora su muerte. Una muerte lenta porque antes sufriría usted infernalmente, ¿comprende? Recuerde todo eso, y luego, si puede, dibújeme el circuito, porque no tiene nada que perder. Ni esposa, ni amistades, ni patria.

CAPÍTULO II

El reloj y las hojas de calendario habían retrocedido.

La fecha era el 2 de abril, y la hora, mediodía. No tenía nada que perder excepto una esposa, un socio y la mitad de un invento que podía darles una fortuna.

Caminaba por la Prospekt Nevski con un maletín en la mano conteniendo un contrato condicional entre la Arma Belmond & Feval y el Ministerio soviético de Descanso y Cultura.

Un contrato para la venta y suministro de cincuenta máquinas eléctricas computadoras, por un importe que superaba la cantidad que necesitaba para salvar la empresa del embargo.

Habían empezado con casi nada. Tres barracones, un poco de maquinaria y grandes cantidades de esperanza. Y a veces, la esperanza daba dividendos. Los daba trabajando veinte horas cada día y teniendo por socio a un genio. Y Lionel Feval lo era.

El, Richard Belmond, era el vendedor, las relaciones públicas. Recorriendo el país en un baqueteado «Renault», suplicando encargos y casi gimiendo en la incesante busca de materiales.

—Solamente diez toneladas, señor. Si usted puede solamente facilitamos diez toneladas de cable de acero en poco más de un mes, pagaré el primer plazo. ¿Ocho toneladas? Gracias, caballeros, muchas gracias.

Y como Leonardo da Vinci, Lionel Feval no se preocupaba por ninguna de estas vulgaridades. Con sublime indiferencia, sentado en el polvoriento cuartucho que llamaban «el taller de dibujo», jugueteaba con trozos de alambre, anotando incesantes cálculos en trozos de papel.

Y de pronto aparecía pestañeando, deslizándose entre las máquinas, llevando un pedazo de papel. Decía:

—Richard... No estoy muy seguro, porque no existe ningún

modelo, pero creo que a lo mejor sirve.

Servía perfectamente. Todo lo que inventaba servía. Primero fue un limpiador por chorro disperso. Un ventilador soplabla, el otro atraía. Las alfombras quedaban limpias sin la menor erosión en las fibras.

Y el limpiador fue solamente el principio. Luego vinieron más patentes. Hasta que un día, Richard Belmond, el vendedor, el charlatán, el caballo de batalla, miró los libros de contabilidad y supo que habían edificado una sólida empresa. Fue el mismo día en que conoció a Laura Joubert.

Estaba en un restaurante. La puerta se abrió, Laura había entrado, y, sólo con verla, supo que ella era lo que necesitaba, lo que tenía que poseer.

No es que fuera fascinante ni vistosa. Era bonita y vestía bien. En el repleto local, todas las miradas masculinas convergieron en ella.

Laura Joubert procedía de veinte generaciones con dinero y blasones. Casi ocho siglos sin otra cosa que hacer que mantener una compostura airoso, aplomo y prestancia de cuerpo y mente.

Belmond, hijo de médico rural, autodidacta, admirador de la simetría, ella era la cumbre, el dibujo perfecto, lo inconquistable. La conquistó. Un chubasco repentino, el taxi compartido, intereses mutuos y la reserva fundió en risas. Bailes, paseos, confidencias.

Y por último, se halló sentado ante una mesa, con una copa de coñac añejo ante él, estudiando a un hombre maduro sonriendo al extremo de la gran biblioteca en la penumbra iluminada a trechos por candelabros.

Había oído hablar, naturalmente, de Alain Joubert, conde de Trevanges. Un hombre alto, prematuramente envejecido, que se mantenía muy erecto para ocultar su edad y la torsión de su columna dorsal, quebrada en una cacería a caballo.

Un hombre con dos personalidades: el aristócrata que vivía a solas con la renta de arrendatarios casi feudales de varias granjas, y el noble carácter que quería, devolver algo de lo que sus antecesores habían rapiñado con elegancia.

Dádivas a instituciones contra el cáncer; mensualidades a asilos; becas a hijos de familias pobres. Y ahora, las dos personalidades de Alain Joubert estaban librando una íntima batalla sobre el campo

inexplorado que era Richard Belmond.

—O sea, que usted va a casarse con mi hija. Muy bien. Supongo que debo dar mi bendición paternal únicamente. Laura es mayor de edad, y sabe lo que se hace.

Su tono era amable y cordial, aunque algo autoritario. Un instrumento pulimentado y puesto al diapason a través de siglos.

—De todos modos, esta boda me preocupa un poco, señor Belmond. Como no ignora, existe entre nosotros una cuestión de costumbres y años. Lo comento sin ningún orgullo estúpido, simplemente como un hecho. Nuestra familia es vieja. La suya, joven. Nuestra vitalidad casi está apagada, mientras que la suya es arrolla, dora. Hay cosas nuestras que no podrá comprender, y nosotros también encontraremos costumbres incomprensibles en usted. ¿Le agrada este coñac, señor Belmond?

—Muy agradable, señor.

—La propia Laura es algo raro. Su madre murió cuando ella era casi una niña, y me temo no haber sido un buen padre. Necesitaba yo mucho tiempo para regentar nuestras fincas y poner en marcha otros proyectos para dar a mi hija lo que necesitaba. Laura pasó la mayor parte de su tiempo errando sola por esta casa y las granjas. Debió sentirse muy solitaria... Solitaria y quizá asustada.

Alzó la mirada y, a la luz de las velas, al fondo de la sala, parecía como si solamente sus ojos vivían. El resto estaba como petrificado en cortés arrogancia.

—Bien, tal como dije, le doy mi bendición, pero le ruego intente y haga algo por mí, a cambio. Puede llegar un día en que encuentre usted a Laura extraña y posiblemente difícil de trato. Sea paciente, perdónela y procure hacerla feliz. Eso es. Hágala feliz, y dele todo el amor que yo fui incapaz de darle.

Fueron felices. Al principio fue una felicidad completa. Durante todo el tiempo que duró el largo viaje de luna de miel por las arterias principales de Europa: Kaiserdam, Primo de Rivera, Trafalgar Street, Vía Appia. Fue una felicidad de amantes, no de pareja casada.

Llegó el día que había insinuado Alain Joubert. Súbitamente. La besó por la mañana al ir a la factoría, y cuando regresó al hogar, Laura, la novia, la amante, se había ido. Veía a una mujer desconocida esperándole.

Fue como si algo horrible le hubiera sucedido a Laura. Algo tan monstruoso, que era imposible hablar de ello. Cesó todo contacto entre él y aquella mujer de rostro inexpresivo, que nunca quería hablar de lo que la torturaba íntimamente.

Una mujer que pasaba sus días errando sin motivo aparente por toda la ciudad, y sus noches yaciendo despierta en cama aparte, leyendo o escribiendo en un diario que nunca pudo leer.

Lo intentó todo para romper aquella barrera. Ella no quería decirle nada, y cuando la presionaba, terminaba siempre igual: negativa sombría, la cabeza irguiéndose altivamente y pasos alejándose, abandonando la habitación.

Intentó llevarla a médicos, pero ella se negó a verlos ni recibirlos. Exteriormente, parecía físicamente saludable. Por fin, intentó hallar la solución hablando con el padre.

Nunca olvidaría aquel día. Solamente había visto a Alain Joubert tres veces, y siempre en la penumbra de su oscura biblioteca. Ahora, en el piso, seguía siendo alto, erecto e impresionante. Ni se quitó el abrigo. Escuchó a Belmond sin sentarse. Luego, se dirigió a solas al dormitorio de Laura.

No habría pasado media hora cuando salió de la alcoba, pero fue como si hubieran transcurrido años. Era un anciano, encorvado, terriblemente cansado. Y tras las fatigadas facciones, había una gran amargura.

—Lo lamento, muchacho, pero, como te dije, Laura ha sido siempre una muchacha extraña... Y me temo que no tiene remedio.

Se marchó sin más explicaciones. Belmond, a partir de entonces, se resignó. Y súbitamente, su trabajo se hizo vital, porque la factoría estaba al borde de la ruina.

Era, en parte, por su culpa. Los primeros tiempos había dirigido el negocio con mano férrea, sin permitir que Lionel Feval tuviera acceso a la caja. Porque, además de genio, Lionel era medio italiano, y no sabía lo que eran pérdidas ni beneficios.

Desde su matrimonio, Belmond había tomado cada vez menos parte activa en la empresa, y se dejó convencer por su socio.

—Ya no más pacotilla, Richard. Nada de limpiadores ni secadores. Tengo un proyecto fenomenal, que nos hará multimillonarios. Y me importa un rábano si para conseguirlo arruino la fábrica.

Casi la había arruinado. Al repasar las cuentas, Belmond vio los débitos bancarios, los encargos sin cumplir, los suministros sin pagar, y los obreros inactivos, porque estaban sin dirección y sin trabajo.

Belmond subió al polvoriento despacho de Lionel, y vio un enorme diagrama en la pared. Tenía la señal indicando el triunfo. Dos rayas en surco de zigzag. Y Lionel declaró:

—Ya está. Hemos triunfado, chico.

—Bien, viejo. Tal vez construyamos eso, que no sé lo que es, pero primero dime de qué se trata. Explícamelo con palabras vulgares porque yo no soy un científico.

—Si tú construyes un cohete, le colocas un motor o un propulsor que lo llevará a la distancia que quieras, y lo disparas... Tienes dentro unos instrumentos para controlarlo contra la presión, la fuerza de los vientos y la gravedad... Si estos instrumentos trabajan correctamente, el cohete llegará en pleno centro de tu objetivo, ¿sigo?

—He comprendido. Sigue.

—Pero, por lo general, no es así, y va a caer siempre a mucha distancia, porque no conoces exactamente la contextura de la tierra donde va a ir a parar. Sabes que no es plana, sino como una naranja aplastada por los extremos. No puedes saber si la masa de una montaña puede atraer tu cohete o si una hondonada puede desviar su curso. ¿Sigo?

—Adelante.

—Son factores accidentales que no podían ser previstos. Yo creo que los he vencido. Si mis cálculos son correctos, el circuito que he planeado nos dirá cuáles son estos factores accidentales. Enviará rayos desde el morro del cohete, y los rayos se amoldarán de modo a suprimir la atracción de la montaña o la desviación de la hondonada. El cohete llegará exactamente allá donde lo desees, con un margen de error infinitesimal, midiendo en metros.

Con los croquis, sin la fórmula, fueron a visitar una empresa estatal. En una sala estaban los hombres que podían suponer un contrato fabuloso. Dos de ellos, mal vestidos y con lentes, parecían niños con un nuevo juguete, mientras examinaban los dibujos.

Había también un oficial con un uniforme sin emblemas conocidos. Parecía ajeno a lo que se hablaba. Se limitaba a

escuchar, y un par de veces anotó algo en una libretita de bolsillo.

Terminaron diciendo que les gustaba la idea, que podía dar resultado, pero que deseaban ver un mecanismo en funcionamiento, antes de entrar en negociaciones. Para poder completar uno de aquellos mecanismos, la firma

Belmond & Feval

necesitaba millón y medio de francos.

Un millón y medio para llenar una caja de acero con dos metros de cables, algo de plomo, cobre, cristal y politeno. Los ingredientes para enviar un cohete al sitio exacto.

Y Richard Belmond tuvo que buscar aquel millón y medio. El tratado comercial con Rusia afirmaba que necesitaban maquinaria de oficina, y las computadoras eléctricas

Belmond & Feval

eran tan buenas como su buen precio podía exigir.

Obtuvo el visado, guardó los formularios de contrato y catálogos en un portafolios, y tomó el avión hacia Leningrado, con las frases de vendedor bien preparadas:

—Bien, ya han visto todas las ventajas que ofrece mi firma, caballeros. Para ser completamente sincero, nuestra máquina computadora no posee todos los refinamientos de la

I. B. M.,

ni es tampoco tan voluminosa ni impresionante. Pero hace su trabajo, ocupa mucho menos espacio y cuesta menos dinero.

Una leve pausa para colocar la sonrisa y el cliché final:

—Y esto, estarán de acuerdo conmigo, es un punto importante, caballeros.

Pero no vio a ningún «caballero». Fue recibido por una agradable mujer de mediana edad en el Ministerio de Cultura, que le ofreció un aperitivo francés. Era inteligente, y tratar de negocios con ella resultó fácil.

Su dominio del idioma francés era total.

—Comprendo perfectamente que, siendo reciente nuestra petición de computadoras, haya deseado anticiparse a sus posibles competidores, lo cual le ha impedido reservar plaza en avión para una máquina de muestra. Estoy de acuerdo en recibir una antes de quince días, y no tengo el menor inconveniente en firmar un acuerdo provisional de fianza bancaria por el valor que usted ha

señalado.

Extrajo dos folios de cremoso pergamino, y firmó al pie de ambos. También Richard Belmond firmó. Ya había conseguido dos millones de francos. Bastaba aquella firma para obtenerlos, apenas recibiesen en Rusia la primera computadora, sobre cuyas características fotografiadas estaba plenamente de acuerdo la interventora de compras soviética.

Al salir, despidió el coche que habían puesto a su disposición y se dirigió a pie hacia su hotel, prefería caminar porque olía ya a primavera. Y el contrato obtenido le daba, derecho a olvidar los negocios y ser un simple paseante en una ciudad extraña.

Solamente había una nube en un cielo personal. Dos noches antes, mientras hacía su breve equipaje, Laura, tendida en la cama, le acechaba. No habló una sola palabra, pero creyó adivinar que ella deseaba que se quedase.

Por vez primera, en meses, ella había venido a su habitación. Ella deseaba que él se quedase. Y, posiblemente, si se hubiese quedado, ella le habría revelado qué era lo que la torturaba íntimamente.

Pero no pudo quedarse. La firma necesitaba dinero, el avión salía a la medianoche, y tenía que hallar millón y medio de francos como mínimo. Recogió su maletín y salió para subir al coche.

Richard Belmond miró su reloj, y siguió caminando por la gran avenida de la ciudad que habían construido los zares. Le quedaba casi una hora para el almuerzo en el hotel, y penetró en el puente Neva.

Nunca llegó al hotel. Frente a él estaba la masa de la fortaleza de Pedro y Pablo, y oía un remolcador lanzando su mugido por tres veces en el río.

Se detuvo un instante para encender un cigarrillo. Fue en aquel momento cuando sintió la mano que se posaba en su hombro.

CAPÍTULO III

El calendario señalaba el 10 de abril, y el reloj marcaba las cuatro y diez minutos, y Denikin estaba en pie junto a la ventana, con un expediente en las manos.

Volvía lentamente las páginas, como si fueran demasiado pesadas para él. Sobre el despacho, un rayo de sol en diagonal daba fulgores al busto de Nikita Krushchev, que parecía guiñar los ojillos hacia Belmond. Con la mueca amistosa de un cazurro pirata.

Dijo Denikin:

—Antes de que tome su decisión final, Belmond, estimo leal repasar por última vez los hechos principales. Para su patria, usted es un traidor que ha muerto, ya que no le hemos devuelto. Nada puede esperar en el mundo occidental. Vino a Rusia para un contrato, y lo obtuvo. No me concierne. Cuando le detuvo nuestra policía, no existiendo tratado de extradición entre nuestros países, solicitaron mis colegas una completa y detallada transcripción de los hechos. Cuando llegó la respuesta, tuvieron el acierto de comunicar con mi departamento. Sin embargo, como todas las que inventan cualquier clase de artefactos, la tenemos inscrita. Me interesó poder charlar con usted.

Denikin consultó el expediente.

—Me dijo que no sabía nada de la muerte de su esposa. Y debo admitir que parecía usted muy abatido, como un hombre incrédulo. Usted dijo que la noche que salió hacia Leningrado abandonó el piso hacia las nueve, y condujo hasta su factoría porque necesitaba unos papeles, antes de emprender el viaje. Pasó allí cerca de una hora. Me dijo que luego condujo directamente al aeropuerto, dejando su coche en el parque público. Y que tomó el avión de medianoche. Ésta es su versión, pero veamos ahora lo que dice la policía del *Quai des Orfèvres*. No, no, por favor, no me interrumpa.

Presentó en alto una mano, como un profesor ante un alumno

rebelde.

—La policía francesa admite que usted abandonó el piso hacia las nueve de la noche, pero dicen que no iba solo. Su esposa iba con usted. La criada de su esposa, Germaine Prevost, prestó declaración. Contó a la policía que, al anochecer, usted y su esposa sostuvieron una violenta disputa. La querella terminó, y hacia las ocho y media, los dos parecían estar apaciguados. Laura Belmond le dijo a la criada Germaine que iba con usted para despedirle en el aeropuerto, y que permanecería toda la noche en el *bungalow* del Sena que ustedes poseían. Germaine rellenó una bolsa con la ropa de noche para Laura, y dice que ustedes salieron juntos, minutos después de las nueve. ¿Me hace el honor de escucharme?

Asintió Belmond maquinalmente.

—Bien... Por la mañana, Germaine telefoneó a Laura al *bungalow*. Quería consultarle algo de rutina doméstica. No obtuvo respuesta. Se preocupó. Al mediodía, llamó a la policía francesa. Y, amigo mío, su coche no estaba estacionado en el parque del aeropuerto. Estaba ante la puerta de aquel *bungalow*, con una bolsa nocturna femenina y sus huellas en el volante y mandos. En el asiento de pasajero, junto al volante, hallaron sangre. Grandes cantidades de sangre. La sangre de su esposa, señor Belmond... Ah, usted me perdonará un minuto, por favor.

Hubo un rumor de aleteo contra el cristal a sus espaldas, y Denikin se volvió para coger una cajita metálica de encima la mesa. Luego abrió la ventana y se transformó en un ser distinto: vivaz, excitado y feliz.

La paloma, de precioso plumaje multicolor y de rara figura, era, evidentemente, una visitante periódica. Permaneció quieta en el reborde, permitiendo que los dedos humanos acariciasen su plumaje y su testa, mientras Denikin abría la cajita, dejando caer ante ella tres gusanos. Susurraba:

—Hola, «Liuba», mi encantadora muchacha. ¿No has venido un poco retrasada? Sueles acudir a las tres y media. Pasan de las cuatro. Empezaba a preocuparme por ti.

Contemplaba amorosamente a la tórtola silvestre, picoteando su manjar.

—Poco a poco, glotona, o vas a tener pesadillas. Así, muy bien. Hasta mañana, querida «Liuba».

Le dio al pájaro de las cumbres boscosas una palmadita a modo de despedida, y la vio alejarse en raudo vuelo.

Cerrando la ventana, se volvió, sonriente, hacia Belmond.

—Lleva ya unas tres semanas viniendo a verme casi siempre a la misma hora, con un puntual sentido del tiempo. Y hablando de tiempo, Belmond, creo que el suyo se está agotando.

Presionó un botón del intercomunicador, grande y anticuado. Su ruso fue muy rápido al hablarlo por el micro, y tenía un marcado acento georgiano, pero el excapitán Richard Belmond pudo captar varias palabras:

—... y puede enviarme a su amigo ahora... Que espere fuera...

Cerrando, suspiró:

—Ya... bueno, sigamos con su historia. Cuando la policía vio aquella sangre, entró en el *bungalow*. Tuvo que echar un cristal abajo, porque la puerta estaba cerrada y no halló la llave. Nosotros, sí. La encontramos aquí, en Leningrado, cuando registramos su maletín.

Buscó en su bolsillo, arrojando algo sobre la mesa. La pequeña y aplanada llave «Yale» destelló como oro puro contra la madera manchada.

—Dentro del *bungalow* hallaron a su esposa. Yacía casi debajo de una de las dos camas. Le habían disparado en la nuca, a corta distancia. El balazo le atravesó la mandíbula y no fue hallado. Pero sí la pistola. Un calibre nueve corto «Lebel», disparado una vez, con sus huellas. Y todas sus huellas por allí, Belmond. La «Lebel» se hallaba en el bolsín del coche, donde tenía derecho a estar, porque tiene usted licencia. Se justificaba el porte de armas porque en varias ocasiones llevó usted grandes cantidades de dinero desde el Banco a su factoría y a sus suministradores. Cuánto he dicho es la evidencia que contra usted tuvo la policía, Belmond.

Y mientras estuvo repitiendo la evidencia, Denikin estudiaba al hombre sentado. Un hombre alto, moreno, de duras facciones varoniles y claros ojos grises, que ahora demostraban mucho cansancio y confusión. Un hombre que no parecía un asesino.

—Cualquier policía reconstruiría fácilmente lo sucedido, Belmond. Una riña conyugal. Luego, la esposa se brinda a acompañar al marido al aeropuerto. En el coche estalla de nuevo la disputa. Un fogonazo de ira, la pistola en el bolsín, y el disparo. El

bungalow no estaba lejos, y ofrecía un buen escondite. El asesino tiene un pasaporte y un pasaje para Rusia en el bolsillo. El avión sale a medianoche. Y el pánico le impulsa a huir.

Pero Denikin no estaba realmente convencido, porque Richard Belmond no tenía aspecto de hombre presa de ningún pánico. Parecía frío, eficiente e inteligente. Demasiado inteligente para cometer un crimen tan estúpido y tratar de huir de manera tan chapucera. Era posible que dijese la verdad, y hubiese sido víctima de una conspiración...

Pero esto no tenía nada que ver con Denikin. Su trabajo consistía en suponerle culpable. Convencerle de que su caso era sin esperanza y que no tenía nada que perder ya. Tema que quebrantar su mente y voluntad, hasta persuadirle para que hablase. Acerca de un pequeño circuito, casi sin importancia.

—Lo que me pregunto es por qué no se llevó el coche, Belmond. ¿Acaso la sangre en el asiento le horrorizaba? ¿O fue por una razón mucho más práctica? ¿Acaso pensó que si el coche era dejado fuera del *bungalow* podrían suponer que su esposa lo había traído desde el aeropuerto y fue destrozada por algún vagabundo? Bueno, dejemos ya los rodeos. ¿Sigue pidiéndome que crea que no mató a su mujer?

—No. Yo no le pido que se crea nada.

Y Belmond cerró los ojos. Ya no le importaba Denikin, ni lo que decía, ni lo que pudiera hacerle. Solamente deseaba terminar pronto. Ya nada tenía sentido para él.

—Bien, realmente no importa, Belmond. Me es igual que sea o no un asesino. Lo único que me concierne es que es el socio de una firma que está intentando producir cierto mecanismo, cuyo funcionamiento debo conocer porque para esto me paga el Estado. Un mecanismo cuyo dibujo estoy dispuesto a comprarle. A muy buen precio. O sea, que véndamelo, amigo mío, porque ya nada tiene usted que perder. Desde que renunciamos a devolverle a París, ellos piensan, naturalmente, que usted nos pidió asilo y refugio a cambio del dibujo. Creen que usted, por salvar la piel, traicionó a su nación. Y aparte de mí mismo, usted no tiene ya ni un solo amigo en el mundo.

Había un leve cambio en la expresión de Denikin. Semejaba que, sinceramente, era un amigo, y que honradamente deseaba ayudarle.

—Puedo ser el mejor de los amigos para usted. No solamente le daré un refugio, sino una vida confortable. Una *dacha* en el Neva y una pensión del Estado. Aquí no será un fuera de la ley, sino tratado honorablemente como huésped grato. Ésta es la alternativa que le recomiendo.

Señaló la puerta.

—La otra, apenas toque el timbre, será aquella puerta abriéndose. En este momento hay gente esperando tras la puerta. No son agradables, pero son expertos. Conocen los caminos a la verdad... La manera de romper la voluntad de un hombre.

Abandono la ventana, y sentándose tras la mesa, apoyó la mano sobre la redonda estructura de un timbre de mesa. No lo oprimió. Sus dedos acariciaron el botón, como si tocasen un objeto delicado y precioso.

—Y ahora, por última vez, Belmond, ¿quiere darme su respuesta definitiva?

Richard Belmond dio su respuesta. Muy definitiva Sabía perfectamente lo que iba a sucederle. Ya nada le importaba. Laura estaba muerta, y pronto él estaría agonizando. Ya no le interesaba nada en la vida. Estaba cansado. Cansado de pensar en la acusación transmitida por el *Quai des Orfevres*. Cansado de Denikin, su sonrisa de solterona, los retratos de animales en la pared.

Trató de formular la respuesta con palabras, pero comprendió que ya nada significaban las palabras, y que no las necesitaba.

El ruso le había ofrecido un cigarrillo momentos antes. Aspiró humo. Mirando el despacho, descubrió cuál era la respuesta.

Inclinándose, aplastó el cigarrillo en el ojo del busto de bronce de Nikita Krushchev.

La expresión de Denikin no se alteró. Alzó levemente las cejas, pero seguía pareciendo relamido, aburrido e indiferente, al decir:

—Gracias. Una respuesta muy clara, que me ahorra trabajo. Sí, ya he acabado con usted, Belmond, y no espero verle nunca más. Ahora voy a entregarle a los expertos, a la gente que siempre halla los caminos de la verdad en los demás.

Inclinándose, sacó un pañuelo, y empezó a limpiar la ceniza del busto.

—Como no ignorará, hay muchos caminos a la verdad, muchos medios para estrujar el seso de un hombre. Si uno es moderno,

recurre a la hipnosis y las drogas. Si uno tiene pasado histórico, emplea los espejos del cosaco Stenka Razine, el célebre rebelde del Volga. Coloque un hombre en una sala donde techo y paredes sean espejos, nada más que espejos, y déjesele a solas con los espejos. Al cabo de unos días, le disgusta tanto el panorama que su mente cede.

Sopló el ruso un poco para aventar una mota de ceniza resistente.

—Pero todos estos métodos complicados toman tiempo, y mis jefes son gente impaciente, que no me han dado más tiempo que el ya transcurrido. Tendré que ordenar algo más rápido para usted.

La cabeza de bronce ya estaba del todo limpia, y se guardó el pañuelo.

—No obstante, lo siento. Puede conocer o puede no conocer el diseño del circuito, pero en ambos casos, lo lamento, señor Belmond. No merece usted una agonía espantosa. En Francia tienen ustedes un refrán elocuente. Dicen del que cree huir de un peligro: «Saltó de la sartén para caer en el fuego». Bien, ha terminado conmigo, o sea, con la sartén. Ha llegado el momento de que conozca el fuego.

Presionó el botón.

La puerta se abrió, y los expertos en los medios de llegar a la verdad entraron.

Eran tres los que entraron. Pero dos de ellos carecían de importancia. Eran, simplemente, guardianes personales de las celdas. Tenían los rostros achatados, inexpresivos, de la raza tártara.

Permanecieron en pie tras la silla de Belmond, y olían. Olían a establo, a caballos, a viento y a yerba, mezclándose al fuerte relente del acre sudor de los hombres primitivos.

Esos dos no eran expertos.

El que entró tras ellos no olía a nada. Sudar habría sido una función demasiado natural para él. Cerró la puerta y, por un instante, se reclinó contra ella, acechando a Richard Belmond.

Muy lentamente, empezó a caminar.

De aspecto, no tenía nada extraordinario. Mediano de talla, edad y complexión. Había un surco de cicatriz en la línea donde la frente se unía a la raíz del lacio cabello rubio.

Su oscura corbata azul contrastaba con el pálido azul de sus

ojos. Pero no había nada notable en su persona. Un hombre ordinario y corriente, que se podía encontrar en cualquier oficina, fábrica o tienda, en cualquier parte del mundo.

Su boca era la cosa más horrible que Belmont había visto en un rostro humano.

Se detuvo ante la silla y, cabeza inclinada, contempló a Belmont.

Mirando hacia abajo, mirándole con ojos azules, muy pálidos, como de porcelana.

Tras la mesa, comentó Denikin:

—Terminada la guerra, nos llevamos bastantes cosas de Alemania: cogimos máquinas, materias primas y oro. A veces, también cogimos científicos, ingenieros, doctores y técnicos. Uno de esos técnicos se llamaba Knut Kramer. ¿Puede adivinar su técnica, Belmont? ¿Necesito decirle qué clase de técnico tiene delante?

No había necesidad. Lo podía leer en los pálidos ojos, en la forma de aquella horrible boca. Aquel hombre pudo haber sido un ser humano años antes, pero fue convertido en una máquina. Una máquina diseñada para un solo propósito, una sola tarea, y para resolver un simple problema: el problema del dolor físico.

Unas manos empujaban a Belmont hacia Knut Kramer.

Y justo un momento antes de que Belmont alcanzase su completa altura, el experto se movió. A un lado, como si cayese, y a la vez su zapato derecho retrocedió.

Un zapato lustroso, pero su puntera no brillaba, porque era de hierro. El zapato retrocedió, colgó un instante y luego avanzó velozmente.

Richard Belmont chilló.

Chilló como un niño, y no era solamente por el sufrimiento en la ingle, donde la puntera de hierro había golpeado. El sufrimiento era fuego, hierro, ascendiendo en sofocante náusea. Pero no era simplemente el dolor el que le hizo brillar y debatirse enloquecido contra las manos que lo arrastraban hacia la puerta.

Chilló porque exactamente en el segundo en que Kramer le asestó el puntapié, Belmont pareció penetrar a través de aquellos ojos y ver lo que daba a la boca del torturador aquella horrenda forma.

Jadeó, suplicante:

—Denikin... No puede, no puede hacer esto... No conozco el circuito. Juro que nunca lo supe... Por favor, Denikin... ¡Por el amor de Dios!...

Pero Yegor Denikin no creía en Dios. Y, además, era como si no estuviese presente. Ya había hecho el trabajo por el cual le pagaban, y se estaba tomando un bien merecido reposo.

No oyó los gritos de Belmond. Ni siquiera miró hacia las figuras forcejeando en el umbral y desaparecer. Denikin estaba demasiado ocupado.

Sentado tras la mesa de su despacho, dibujaba algo en un cuaderno. Había una sincera expresión de amor y placer en su semblante mientras dibujaba.

Cuando acabó, el dibujo representaba la airosa y cruel cabeza de una tórtola silvestre.

CAPÍTULO IV

El negro «Chaika» parecía un «Packard», pero los fabricantes de Detroit habrían arrugado la nariz desdeñosamente ante la pesada carrocería, la suspensión anticuada y el enorme motor.

Pero el «Chaika» terna una característica desconocida por los ingenieros de Detroit. A cada lado de su ancho asiento trasero, había anillos de acero. Richard Belmond estaba encadenado a un par de ellos.

No miraba al hombre sentado enfrente, en el recio sillón plegable a espaldas del conductor. Pero la muy turbia atmósfera que emanaba Knut Kramer se condensaba en torno a él, como un pestilente gas pantanoso solidificándose.

Kramer lo llevaba a una casa tranquila de las afueras, donde pudieran estar a solas y charlar sobre la verdad.

Pero tal verdad Belmond no la conocía. Solamente Lionel Feval, el científico, podría haber dibujado el complicado mecanismo del circuito.

Habían salido de la ciudad, y avanzaban hacia el Norte. Tenía que ser el Norte, porque habían atravesado el puente. El mismo puente donde le habían detenido.

Vio unas casas, que reconoció por postales. Las casas del Pueblo Puchkin, conservado como monumento. El coche pasó velozmente por aquel pueblo, y luego ya no hubo más casas. Solamente un panorama llano, monótono.

Y ante él, sentado, un exguardián de campo de concentración. Vacío, inexpresivo, como un monigote de cuento de terror.

Ahora, la carretera era de madera. Aun en su desesperación, Richard Belmond se dio cuenta. Eran troncos hundidos profundamente, apilados en la blanda tierra, encajados con sólidos travesaños y cuñas.

Pudo ver el semblante del chófer, que se concentraba en

mantener la velocidad promedio del coche. Conocía al chófer. Era el mismo hombre que había venido a recibirle al aeropuerto para acompañarle a su hotel, y luego al Ministerio.

Este detalle parecía confirmar la eficiencia de este pueblo. Le habían estado vigilando desde el preciso instante en que llegó a Rusia.

El nombre del chófer era Boris. Sí, lo recordaba, Boris Davydov. Un hombre simpático, amistoso. Belmond se había sentado a su lado, y charlaron cordialmente. Sobre la familia de Boris, una esposa y tres criaturas que adoraba. Luego, hablaron de fútbol.

Hasta había mencionado que su trabajo como chófer de ministerio le daba ventajas en salario y casa. Y expuso su constante temor de perder aquel trabajo, porque sentía que estaba enfermo.

Nada serio, había dicho. Solamente un extraño dolor lacerante en el pecho, cuando estaba cansado. Pero si le encontraban algo en su próximo examen médico, perdería aquel agradable y bien pagado trabajo, su confortable piso y la esperanza de una pensión.

Belmond acechó ahora aquel amable y ansioso rostro en el espejo, y, por unos segundos, tuvo esperanza.

¿No podría ser Boris Davydov la salvación? ¿Sería Boris el personaje de las novelas que salva en el último instante al condenado a muerte? ¿El agente occidental que estaba protegiéndole todo el tiempo, y dentro de poco se revelaría?... El golpe rápido con una palanca en la cabeza de Knut Kramer, el pie a fondo en el acelerador, y el raudo coche embalandó hacia Finlandia...

Fueron unos segundos de esperanza. Se extinguieron. Ya no cabía ningún milagro. Boris era, simplemente, un hombre que conducía un coche, y haría exactamente lo que sus jefes le habían ordenado.

Richard Belmond cerró apretadamente los ojos y abandonó toda esperanza.

Fue una lástima, porque apenas había cerrado los ojos, se produjo el milagro, y no lo vio ni se dio cuenta.

Boris Davydov murió.

Una muerte que no tenía nada de milagrosa, sino muy corriente y normal. Con los años, la esclerosis había forrado sus arterias, y las válvulas, dando paso a la sangre, iban cerrándose y no se abrían con

tanta facilidad. Una de ellas, por fin, no se abrió, y Davydov murió.

No recibió el menor aviso. Un momento antes estaba empuñando el volante, y al siguiente ya no empuñaba nada. Sus manos fueron, súbitamente, unos pesos inertes al extremo de sus brazos, su pie no pudo moverse hacia el freno, y sintió una barra de acero atravesando su pecho. Esto fue lo último que notó, porque ya estaba muerto.

El «Chaika» pesaba cerca de las dos toneladas, y corría a unos ochenta por hora. Siguió recto por la carretera, ignorando un viraje y embistiendo el talud. Dando un salto, describió un arco hacia unos árboles.

Debieron pasar pocos minutos antes de que Belmond recobrase el sentido. No podían ser muchos porque una de las ruedas delanteras seguía rodando.

El sol brillaba, oía un suave trinar de pájaros, y estaba vivo. Miró en torno. El coche, destrozado, y las masas, informes. Luego, lentamente, alzó el brazo derecho, hallándolo libre porque la cadena se había soltado del engarce.

Tenía un fuerte dolor en un hombro, por la tracción que le mantuvo hacia atrás, sujeto, pero podía emplear la mano.

La contempló, haciendo flexionar los dedos. Luego, fue empujando el cadáver del hombre que le había salvado la vida.

Porque si bien Knut Kramer había sido la única persona dándole impresión de lo que significaba un monstruo, su muerte le había salvado. Cuando el coche golpeó el árbol, el eje del volante había embestido hacia Kramer como una lanza.

Y su cuerpo muerto había sido un escudo para Belmond, protegiéndole contra el motor, las chapas, los cristales y todo cuanto de mortífero se había precipitado hacia ellos.

Inclinándose, obligó su mano a registrar. La llave de las cadenas era tibia y húmeda.

Cuando encontró todo lo que podía ayudarle, se arrastró fuera. La tierra era fría y blanda. Permaneció adherido a ella, dándose masaje en el hombre dolorido y luchando contra el deseo de vomitar.

Luego, se levantó, caminando entre la arboleda. A unos trescientos pasos de la carretera había un estanque de agua. Se bañó y después fue quitando las manchas de su ropa.

Fichará Belmond se hallaba al extremo de un andén de la Briedrichstrasse Station. Berlín. El Arco de la Victoria, los lagos del Wannsee...

Aquél era el punto terminal de la línea. El punto final de comprobación, la puerta de salida hacia el Oeste europeo.

Tenía el pasaporte de Knut Kramer, que llevaba el sello de la policía secreta, y el rostro de Kramer era tan común, tan carente de expresión, que podían aceptar su foto como la suya. Hablaba bien el alemán, un poco de ruso y poseía doscientos rublos en billetes. Éstas eran sus armas contra el mundo hostil.

Y había otra arma a su favor, que no podía evaluarse en términos materiales, pero que le ayudaría más que las restantes: odio.

Un intenso odio, que le impulsaba a sobrevivir, como fuese. Antes del choque abandonó toda esperanza. Pero ahora estaba libre. Ni sentía esperanza ni miedo por sí mismo. Sólo odio.

Odio hacia la persona que había matado a su esposa, haciéndole parecer culpable a él para que se pudiese en Rusia. Odio y ansia de venganza eran como grandes y ardientes lámparas brillando ante él mientras, sentado junto al estanque, esperó que sus ropas secasen.

El viaje de retorno sería largo. Cada kilómetro ocultaría un enemigo. Un largo viaje sin amigo para orientarle, y ni siquiera tenía todavía una idea definida de lo que buscaba.

Pero si lograba llegar al término de aquel viaje, si llegaba a París, podría hallar lo que buscaba con odio: la persona... o monstruo que había destrozado el rostro y la vida de Laura.

Hasta ahora, todo fue fácil. Recordaba su entrada en la estación de Leningrado, el de la taquilla dándole el billete y el modo como el policía del molinete de acceso había mirado su pasaporte.

Con enorme respeto, al ver el sello de la cubierta. Ni se había molestado en abrirlo. En aquel momento agradeció Belmond intensamente el poderío de la policía secreta.

En las fronteras ocurrid lo mismo. En la polaca, ni siquiera le despertaron, y en la alemana hubo la misma mirada rápida, un saludo y la mano respetuosa devolviéndole el pasaporte.

Eran gente que se ahorra trabajo inútil: no necesitaban comprobar a fondo. Aquélla era toda tierra dominada, su esfera de influencia, su gran cárcel para los no conformes.

Pero en Berlín era distinto. Allí, a menos de dos kilómetros más al oeste, estaba la invisible cortina, la grieta en el muro, la salida. Y allí, la vigilancia sería cuidadosa.

Los dos guardianes de la puerta eran casi muchachos, pero tenían aspecto duro y eficiente. Unas metralletas colgaban al hombro de sus uniformes azules de *Volkspolizei*, y un lobo alsaciano se agazapaba junto a ellos. Frente a ellos se detuvo Belmond. Le escrutaban de arriba abajo. El más alto de los dos había cogido el pasaporte. El de Knut Kramer. Miraba la cubierta.

Y lo abrió. Fue leyendo las palabras escritas en ruso, alemán y polaco:

«El portador de este documento es un oficial de la Policía de Seguridad del Estado. Se le prestará toda clase de ayuda en el cumplimiento de su deber».

Ahora volvía la página. Iba a ver la fotografía. Belmond asió con más fuerza su maletín como un arma posible, preguntándose hasta dónde podría llegar, antes que el perro lobo le diera alcance.

Estaba a punto de emprender la huida, cuando vio mudarse la expresión del guardia. Ya no era fría y dura, sino cordial y llena de respeto. El respeto de un futbolista aficionado hacia el jugador internacional.

—Servidor, *herr* Kramer.

Y devolvía el pasaporte, con una brusca inclinación de cabeza.

Lentamente, como si el tiempo fuera algo sin importancia para él, Belmond guardó el pasaporte, devolvió el brusco saludo y empezó a caminar hacia la libertad.

Había dado exactamente tres pasos cuando oyó la voz:

—Un momento, por favor, señor Belmond.

CAPÍTULO V

Era una voz ronca, pastosa. Sonaba como algo podrido rompiéndose. Un hombre rechoncho, con traje gris oscuro manchado, y una corbata mariposa, cuyo nudo era como un botón hincado en los pliegues de un grueso cuello.

—Sí, usted, un momento, por favor. Creo que es la persona que he esperado desde ayer.

Extrajo del bolsillo un cuaderno, en cuya primera hoja fue leyendo, mientras hablaba:

—Eso es... Usted es el hombre que buscamos, y le estuve esperando... Sí... Treinta y tres años, metro setenta y ocho, setenta y seis kilos..., cabello negro..., ojos grises... Habla perfecto alemán con muy leve acento..., y posiblemente tiene huellas de recientes golpes. Todo parece corresponder, ¿no? Y ahora iremos a mi despacho...

Belmond le golpeó. Estaba cansado, y su hombro todavía le dolía. Pero golpeó con todas sus fuerzas, con la furia que concede la desesperación. Empleando el maletín como un pico, apuntando a la corbata mariposa.

Sintió cómo la esquina del maletín restallaba contra la carne malsana, y bajo ella crujía la nuez. Vio al hombre salir despedido hacia atrás, hacia los guardias, y al mismo instante ya estaba corriendo.

Corriendo con toda su fuerza a través de la estación, con gritos detrás y a ambos lados; pero delante, y muy cerca, tenía el cartel azul del tren subterráneo. Penetró por la bocana, chocó contra un empleado que pretendía detenerle, y, por fin, ya estaba en las escaleras, bajándolas a saltos.

La suerte le favorecía, seguía siendo su aliada. La mujer en la puerta se apartó, y había un convoy. Unos vagones amarillos y brillantes, anticuados, con puertas correderas. Y plataforma.

Bufaba, iniciando la salida. Y Belmond corrió, empujando una puerta, agarrándose a la barra interior y aupándose. Fue en aquel mismo momento cuando el perro lo cazó.

El lobo alsaciano saltó hacia la plataforma, bien calculada la distancia, y sus colmillos aprisionaron, sin hincarse demasiado, dónde y cómo le habían enseñado. En torno a la muñeca y precisamente debajo de la protección de la manga.

Pero Belmond aguantó. Las fauces quemaban y el peso del animal lo atraía hacia abajo; pero aguantó, agarrado a la barra, y asentando con mayor firmeza los pies en el estribo.

El conductor ya estaba dentro del túnel. Ni oyó los gritos ni vio las frenéticas señales. Las puertas no automáticas no necesitaban empleados. El tren aumentó la velocidad. Pero en la bocana del túnel, la policía esperaba.

Los vio Belmond. Eran dos: uno, pistola en mano; el otro, encorvado, disponiéndose a saltar hacia la entreabierta puerta.

Belmond vio disminuir la distancia, y cuando casi llegaba al nivel, se arqueó hacia delante. El perrazo subió en el aire como un grueso saco terrero.

Y, súbitamente, quedó libre. Hubo un crepitar, madera astillada en torno, y el perro se desmadejó, abriéndose sus maxilares. Hubo gritos, imprecaciones y el sofocado choque de cuerpos, al rebotar contra ellos la masa del perro.

Por fin, ya no había una argolla babosa en su muñeca. Cayó de rodillas en el suelo del vagón.

Media docena de pasajeros ocupaban asientos. Cinco no miraron a Richard Belmond, que se levantaba. Demostraron una repentina y concentrada atención hacia sus periódicos, sus paquetes, o miraban fijamente las paredes del túnel. No estaban a favor ni en contra. Deseaban solamente no verse implicados.

El sexto de los pasajeros se levantó, caminando hacia Belmond.

Era muy alto, y su flacura le hacía parecer aún más alto. Llevaba un parche negro sobre el ojo derecho, y la manga derecha de su mustio gabán estaba cosida a la solapa. Encima de la manga hueca, el gabán tenía abrochada la placa negra y amarilla del inválido de guerra.

Examinó a Belmond, valorando el color gris del rostro, el cansancio, y la sangre goteando de las incisiones en la muñeca.

Sonrió. A su modo. Alzando un poco la comisura de la boca, brillándole más la única pupila azul oscuro. Habló roncamente. Una ronquera agradable, amistosa. Su alemán no era gutural, ni autoritario, aunque fuese berlinés:

—¿En retirada apresurada, verdad? Tomó por asalto este tren, pensando que le llevará al Berlín oeste. Acertó, pero todavía no llegó al parapeto salvador. Verá... Antes que llegue el tren a la frontera, queda todavía otra estación en el sector ruso. Unter den Linden. Y allá le estarán esperando, muchacho.

Belmond escuchaba tenso, desconfiado.

—En el Linden registrarán vagón por vagón, y creo que solamente tiene usted una posibilidad de escapar. Tendrá que bajar, pasar entre ellos y abandonar la estación.

Pugné con su mano izquierda, la única, sacudiéndose el gabán de los hombros. Debajo, toda su ropa estaba manchada, desgarrada la camisa, que mostraba el muñón del brazo.

—Coja mi capote, muchacho. He estado años entre alambradas, sin nada que regalar. Me entusiasma la idea de que un fugitivo lleve mi viejo capote. Con él, usted podrá... seguir adelante. No, no discuta. No hay tiempo para discutir. Y casi hemos llegado.

Tenía razón. No había tiempo para nada. Ya los frenos estaban chirriando y el vaivén disminuía. En cualquier instante estarían entre las luces de la estación.

Belmond se echó el gabán con la manga cosida sobre los hombros. Era una prenda sucia, maloliente, como si hubiera estado años entre cascotes y ruinas.

Tras abrocharse los botones centrales, apoyó la mano derecha sobre el muñón, con gran suavidad. Su voz le salió muy ronca:

—Es el regalo más precioso que nunca me han dado, veterano.

Apartando la mano, fue anudándose el pañuelo en torno a la muñeca. Y susurró:

—Gracias de todo corazón.

Fue ahora la única mano del veterano de guerra la que se apoyó en su hombro, y, una vez más, el mutilado intentó sonreír. A su modo.

—No, hombre, nada de gracias. Procura conservar todo tu corazón para llegar donde te propones. Y nunca creas que me debes nada. Lo que hago es simplemente por rencor.

Abrazando la mano, señaló hacia atrás, hacia el Este.

—Estuve allí, y sé lo que es aquello. Sí, durante muchos años he estado allí..., después de Stalingrado.

Dio media vuelta y regresó a su asiento. Belmond salió a la plataforma.

Había policía en torno al tren y en las barreras. Caminó lentamente entre ellos, arrastrando los pies. Ellos se limitaban a mirar la placa en su pecho, y se apartaban para cederle el paso.

Subió las escaleras, asiéndose con fuerza al pasamanos.

Había terminado la primera etapa de su viaje.

Fuera, el frescor era agradable. Fue bajando por el Linden y girando, entró en Wilhelmstrasse. Estaba a doscientos pasos del punto al que se dirigía, cuando se detuvo en Postdammerplatz.

Varios policías allá, junto a la gran pancarta:

«Hasta aquí se halla usted en el sector democrático de Berlín».

Y más allá de la pancarta había más policía militar.

Distinta ahora: dos policías militares franceses.

Richard Belmond no siguió caminando. No podía cruzar y decirle al sargento francés:

—Me llamo Belmond, y ustedes me reclaman por el asesinato de mi mujer. Sí, yo soy Richard Belmond.

Pero no tenía coartada, ni prueba a su favor. Estuvo mirando a la policía de su país natal. Ansiando ir hacia ellos, entibiarse el alma con un idioma pronunciado por nativos. Pero sabía que era imposible.

Primero le tratarían bien, y le escucharían atentamente. Pero al final, si todas las pruebas seguían en su contra, dejarían de escucharle. Y dirían:

—Este hombre no es un mal sujeto. No traicionó a su patria, sino que regresó para afrontar con valor a la justicia. En muchos sentidos, es un hombre agradable y valeroso, que merece respeto. Pero, de todos modos, asesinó a su esposa, y esto sigue siendo acreedor de la pena de muerte en Francia.

Luego, una gran sala, jueces, un fiscal indignado...

No, nada podía esperar de la policía francesa. Eran casi tan enemigos suyos como las azules siluetas de los vopos. Dio media

vuelta y volvió a caminar lentamente hacia el sector americano.

Y mientras caminaba, pensó nuevamente en Berlín, tal como lo había conocido por vez primera.

Recordaba el frío, las ruinas, el olor a piedras calcinadas, los cuerpos entre los escombros y la gente que pasaba todo el día en las colas para provisiones y que hurgaba en codiciosa busca de restos en la basura.

A una de estas personas le hizo un favor.

Había sido un pequeño favor, rutinario, y la persona que lo había recibido, seguramente había muerto o lo había olvidado, o se fue a otro sitio.

Pero era su iónica esperanza, su única posibilidad de escapar, y tenía que intentarlo.

Siguió caminando hacia los altos edificios nuevos del sector oeste.

CAPÍTULO VI

Herr Ludvig Siegel fumaba un habano, bebía anís y digería complacido, sentado en una esquina de Wunder Bar, apartado de la luz y de la concurrencia.

Cada mesita tenía un teléfono. A Siegel le gustaban mucho los teléfonos, y con los años había aprendido a leer en los labios, y podía, generalmente, repetir mentalmente lo que estaban diciendo:

—¿Es la linda rubia de la diez? Sí, exacto, soy el joven del bigote negro de la mesa quince, donde espero, anheloso, venga a hacerme compañía. Sí, tengo coche...

Los teléfonos confirmaban uno de sus puntos de vista. Todo podía comprarse. Y venderse.

Su teléfono sonaba raramente. ¿Quién iba a darle una cita? Un viejo judío calvo, con papada y cuerpo de morsa. Con un traje que parecía haber arrastrado por todas las cloacas de Europa.

Aquel traje fastidiaba a la gerencia, pero como sus propinas eran generosas y era un cliente asiduo, se conformaban, siguiendo la norma de que un cliente buen pagador puede ser caprichoso.

Iba a empezar el *show* cuando el teléfono sonó, y cogiéndolo, dijo:

—Sí, mesa doce.

Alguien que se había equivocado, y cortarían. Pero oyó el ruido de la clavija de centralita conectando con el exterior. Y una voz que le parecía conocer, aunque no lograba recordar de dónde. Se irguió un poco, cuando la voz declinó su identidad.

—Ah, sí, naturalmente que le recuerdo. Pero ha pasado tiempo, ¿no, capitán?... Sí, leo los periódicos. Sé lo que pasó, pero existe una deuda. Y ha de ser saldada... Naturalmente que deseo verle... Dígame dónde... Muy bien.

Richard Belmond aguardaba en la esquina de las calles Rank y Kufsterm. Su muñeca estaba sólidamente empastada con

desinfectante y recubierta por ancha tira de esparadrapo.

Había dejado en una percha el viejo gabán del mutilado, pero sus ojos eran como los de un veterano que hubiese estado demasiado tiempo en acción.

Alzó la vista cuando el enorme «Rolls» se detuvo delante suyo. Una portezuela se abrió, una luz interior fue encendida y la voz de Ludvig Siegel invitaba:

—Entre, capitán. Nos pasaremos un poco.

Había una manta sobre las rodillas de Siegel. Hablaba alemán con una docena de acentos distintos.

Un recio cristal le separaba del chófer negro, cuya librea parecía la de un mariscal. Reclinándose en el mullido butacón, dijo Siegel:

—Realmente es usted, con diez años más, claro. Primero creí ser la víctima de una broma de mal gusto, Usted es un fugitivo, y ha acudido a mí en busca de ayuda. A mí, capitán Belmond. Después de diez años, usted ha venido a confiarme su vida. A mí, un hombre que dicen no tiene honor ni lealtad.

Sonrió como si su reputación le complaciera.

—Sí, acudo a usted en busca de ayuda, *herr* Siegel No quería, pero no tengo otra alternativa. Usted es, muy literalmente, la única persona en el mundo a quien puedo acudir.

Belmond contemplaba a Siegel al reflejo de las luces callejeras. El grueso rostro tenía las mismas arrugas de cinismo, y el traje era del mismo color, y tan usado como el que llevaba la primera vez que se conocieron...

—Sé bien quién es usted, *herr* Siegel, y cuál es su ficha. Pero una vez dijo que me debía algo, aunque dudo lo recuerde. Hace poco, al teléfono, me dijo usted que sabía lo que se supone que he hecho, y puede beneficiarse de esto. Si quiere, le basta con parar en la próxima comisaría y cosechar una gratitud dorada.

Siegel rió. Rió desde muy hondo de su corpachón. Sinceramente. Le temblaban las papadas, y por fin comentó:

—Muy bueno, de veras. Cosecha de gratitud dorada de la policía, ¿eh? Sabe perfectamente que ya no le podría entregar, después de hablarme así, con tanta claridad. Se ha vuelto usted muy penetrante, muchacho, desde que nos vimos por vez primera en su oficina del cuartel francés. No, no puedo entregar al exjovencísimo capitán de complemento, cortés y serio, que una vez le hizo un

favor a un viejo granuja judeoalemán.

Del bolsillo extrajo Siegel una vieja pipa, requemada.

—Ahora sigue siendo militar, pero en distinto campo. Un soldado en retirada, perseguido por la policía, ¿eh, capitán? Un soldado muy cansado.

Sus ojillos acechaban el sufrimiento en el rostro de Belmond, y bajaron hacia su muñeca vendada.

—Un soldado del mundo. Herido, en retirada, sin alimento, sin cama y con mucho dolor. Conozco estas señales porque he visto hombres huidos de muchas apestosas prisiones...

Presionó un botón en el brazo de la butaca, y el chófer negro frenó ante un pequeño café.

—Conozco también un antídoto para sus problemas. Temporal, pero sencillo. Salchichas, cerveza y anís. Venga por su medicina.

Bajó pesadamente del coche, precediendo a Belmond.

El café era muy pequeño y sin clientes. La camarera que se aproximó le hizo una profunda reverencia a Siegel. Era una de las muchachas más hermosas que jamás había visto Belmond.

Siegel no volvió a hablar hasta que Belmond no hubo terminado las salchichas y bebido tres vasos de cerveza clara, tibia.

—Venir a verme, capitán, fue algo sensato por su parte. Tengo muchas amistades... Demasiadas. No se preocupe. Aquí estamos seguros. Este café es de mi exclusiva propiedad. Bien, ya sé lo que, según los periódicos, hizo usted. Mató a su esposa y vendió ciertas informaciones a los bolcheviques. Apparentemente, lo último es falso o no estaría aquí. Nosotros, los judíos, tenemos muchos defectos y escasas virtudes. Sin embargo, dos de estas virtudes permanecen constantes. Pagamos nuestras deudas y ayudamos a nuestros amigos, capitán Belmond.

—Si no le importa, apéeme el grado. No soy militar. Lo fui de complemento, por dos años nada más.

—Pero yo tengo una deuda con el capitán Belmond, no con usted, joven director de ventas de una factoría eléctrica. Como capitán, usted me trató con correcta amabilidad, y esto debo pagárselo, tanto si usted es un asesino, un traidor, o no.

Empleó los términos sin acentuarlos como si fueran simples palabras. Como si la traición, el crimen y todo el fango de la fragilidad humana fueran cosas ordinarias, comunes, aburridas.

—Sin embargo, dígame algo. Conteste como conteste, recuerde que de todos modos le ayudaré. Solamente quiero saberlo por capricho personal. Cuando mató a su esposa, ¿la hizo usted sufrir mucho?

—¿Hacerla sufrir? No... Yo no hice sufrir a Laura, por la sencilla razón de que no la maté yo. Haya leído lo que sea, piense ahora lo que quiera, juro que no maté a mi esposa.

Contó Belmond su vida desde que fue licenciado hasta que llegó al Berlín oeste. No mencionó al mutilado. No hacía falta.

—Gracias por haberme trazado un buen retrato de su existencia desde que dejó Berlín. No me interesa saber lo que hizo o no hizo y le pregunté si había hecho sufrir a su esposa porque me disgusta la crueldad inútil. Y, de cualquier modo, deseo saldar mi deuda. ¿A eso ha venido, no, *herr* capitán Belmond?

—Exactamente *herr* Siegel. Necesito que me ayude. Si puede, claro.

—¿Si puedo? Dependerá, lógicamente, de lo que quiera, pero creo que puedo ayudarle. Me agrada que haya venido a verme ¿sabe? El inundo entero contra usted, las fuerzas del Este y del Oeste pisándole los talones, y un solo amigo en quién confiar: el viejo Ludvig Siegel, el hombre que todo lo vende.

Miró por transparencia el claro licor de su vaso. Veía las lanchas rápidas saliendo de Tánger. Los camiones con depósitos falsos yendo hacia la frontera francesa. Los cargadores de Southampton con saquitos bajo sus cintos. Los tubos de pasta de dientes en Amberes, conteniendo diamantes.

—Antes de que hablemos de negocios, dígame algo. ¿Cómo se las compuso para dar conmigo?

Meneó la cabeza lentamente, oyendo la explicación de Belmond, y pareció alunado, como si hubiese esperado algo peor.

—Comprendo. Buscó mis nombres en el listín y, cuando llamó, un hombre te dijo dónde estaba yo. Una pena. Este hombre era mi mayordomo, y tenía órdenes de nunca decirle a nadie donde estaba yo. Era un buen mayordomo. Y francés, por cierto. Ahora tendré que buscar otro. También francés. Me gustan los mayordomos franceses, no sé por qué.

—Ha progresado usted mucho, *herr* Siegel.

—Sí, muchísimo, demasiado. Un largo camino, desde que entré

en su despacho del Fehrbelliner Platz. Déjeme recordar. Me rejuvenece. Un soldado francés, por cierto, como mi mayordomo, me dio un empujón. Y un oficial jovencísimo, convencido que yo no sabía francés, le dijo al brutal policía militar... Exactamente le dijo: «Pase a sala de banderas. Arrestado. No tolero la crueldad ni el abuso. Este viejo es un pobre alemán inofensivo».

Los ojos del judío acechaban a Belmond, que replicó:

—El término inofensivo lo empleé en sentido físico. Usted no podía ni estaba en condiciones de devolver ningún mal trato.

—Gracias. Aclarado este punto, pasemos a lo importante. Usted me devolvió mi casa. Me la habían robado los nazis, y luego su ejército francés la había requisado. Pero usted, el oficial a cargo de estas cosas, ordenó que me fuera devuelta de inmediato mi propiedad, mi casa. La recuperé en solamente dos días. Un récord. Con frecuencia me he preguntado por qué hizo aquello, ¿sabe? ¿Tal vez porque vio relucir la bondad en mi andrajoso aspecto?

—Oh, no, ni mucho menos. Aunque le parezca raro, sentí que era mi deber. La casa era, indiscutiblemente, propiedad suya y el ejército la ocupaba por desidia. No le hacía falta. No había motivo que me impidiese devolvérsela. Be todos modos, celebro que lo interpretase como un acto de amistad personal.

—O sea, que fue eso... Simplemente, la conciencia de un joven oficial cumpliendo con su deber, ¿eh, capitán? Bueno después nos hicimos amigos y aquella casa me resucitó.

Hizo una pausa para evocar cómo resucitó: unos botes de café unos sacos de azúcar, unos cartones de cigarrillos. Y necesitaba luego un almacén para el género. Una casa en una ciudad donde casi nadie tenía casa. La pequeña base con la que forjó su imperio.

—Bueno, olvidemos el pasado y pasemos al presente. Debe salir de Berlín inmediatamente. Hasta ahora ha tenido una suerte increíble. Pero no puede durarle mucho más. Yo conozco a nuestros amigos del otro lado de la cortina del telón. Sabe usted cosas de ellos, y en este mismo instante, cada agente, cada informador que ellos tienen en Berlín le estarán buscando. Y si le encuentran, puedo jurarle que esta vez no habrá un coche estrellado ni un perro escudo. ¿Y qué pasará con sus compatriotas policías? Pronto sabrán que ha regresado y entonces toda la jauría se le echará encima. No se preocupe. Puede confiar en el viejo tío Ludvig Siegel.

Hurgó en los pliegues de su mísero traje, y extrajo una libreta.

—Usted puede también ayudarme. Es, evidentemente, un hombre decidido. Por consiguiente, creo que Tánger es el sitio más indicado para usted.

Siegel chasqueó los dedos hacia la muchacha tras el mostrador. Ella acudió rápidamente, y Siegel le hizo una mueca a Belmond, mientras admiraba las curvas del cuerpo y la perfección del rostro, como un viejo joyero contemplando una pieza valiosa.

—Se llama Gerda, y podrá ir con usted. El viaje será más fácil para una pareja, y Gerda es una buena chica, muy lista, que me confesó que está harta de ganar poco en Berlín.

Siegel asestó una palmada suave en las curvas posteriores de Gerda, a modo de despedida. Ella regresó al mostrador.

—Sí, es una buena idea. Usted y ella pueden ocuparse de mis intereses en cierto sector de Tánger.

—*Herr* Siegel, recuerde que le conozco. Estuve en Berlín seis meses más después de la devolución de su casa. Le estudié. En cierto modo, me fascinaba usted, y, con el tiempo, habríamos sido amigos. Pero a la vez penetré en su vida. Conocí algunos de los sucios negocios en que andaba mezclado. De todos modos, he creído que usted era un hombre que mantendría su palabra. Usted dijo que si nunca yo necesitaba ayuda, la que fuese, me la daría.

—Eso hago, capitán.

—Yo no le he pedido esconderme en Tánger. No quiero un empleo en su organización, y no quiero una mujer a mi servicio. Todo lo que quiero es un pasaporte y un billete para París.

—¿Cómo...? ¿Quiere que yo le facilite los medios para que lo guillotinen, muchacho? ¿Me decía la verdad, y realmente no mató a su esposa, y quiere regresar a París para averiguar quién lo hizo?

Había, de pronto, un gran asombro en sus ojillos, como si se hallase ante un ejemplar humano excepcional.

—Escuche, muchacho. La policía, según los periódicos, tiene contra usted todas las pruebas. No habrían dejado publicar los detalles, si no estuviesen bien seguros. Me ha dicho que nadie odiaba a su esposa, y que no tiene la menor idea de quién pudo matarla. Yo se lo diré. Alguien con cerebro, alguien sin el menor escrúpulo. Un hombre como yo. ¿Y acaso es usted tan ingenuo para pensar que tiene la menor probabilidad contra un hombre así?

Aventó con la mano lo que iba a decir Belmond, y prosiguió:

—No tiene la menor posibilidad. Este hombre se hallará preparado a toda novedad, incluyendo la de su regreso. Sembró huellas para la policía. La llevó donde quiso y como quiso. Hará lo mismo ahora. Lo atraparán a usted antes de las veinticuatro horas de su llegada a Francia. Y le cortarán el cuello. Créame, con el mejor pasaporte del mundo, lo atraparán.

Resopló Siegel, furioso.

—Escuche, muchacho, yo no quiero que le guillotinen. Dejando aparte mi negocio, resulta que le aprecio... Y quiero ayudarle. O sea, que hágame un favor... Recuerde lo que dijo el profeta Cristiano: «Dejad a los muertos que entierren a sus muertos». Piense en ello, y vaya a Tánger con la descomunal y sabia Gerda.

Acechó el rostro de Belmond, y hubo melancolía en sus ojillos.

—Bien, vaya a Francia, y que se queden con su cabeza terca. Pero vaya sin mi ayuda. Simplemente, salga y dígale a un policía francés quién es usted. De este modo, por lo menos, tendrá usted la oportunidad de un juicio con atenuante.

Tendía la botella de anís. Belmond la apartó suavemente.

—No, ni policías ni más carreras a pie. Tengo pocas esperanzas de que pueda comprenderme, pero lo intentaré. No puedo entregarme. Alguien mató a Laura, y, sin otra prueba nueva, la policía está convencida de que soy el monstruo. Por lo cual, he de hallar yo al monstruo. Aunque me cueste la vida. Y si usted no me ayuda, *herr* Siegel, iré a Francia aunque sea a rastras.

—Muy bien, muy bien, muchacho. No hay quien le apee del burro. Ya que así lo quiere, tendré que ayudarle a que se guillotine usted mismo.

Volvió a abrir su libreta de tapas rígidas de piel amarilla.

—Le ayudaré, aunque sea una locura y un mal negocio. Alguien dijo una vez que el viejo Siegel era tan duro, tan malo, que por negocio vendería a su propia hija. Bien, puede que fuera verdad, pero era imposible. Mi hija era fea y muy moral. Murió en Dachau.

Siguió ojeando su libreta.

—Ahora usted ha venido a ver a este mal hombre, tan duro, pidiéndole pago por un favorcillo insignificante prestado hace años. Y no quiere hacer nada por Siegel en compensación. No quiere trabajar para él en Tánger con una hermosa muchacha. No, no

quiere hacer nada por el viejo Siegel. Lo único que desea es que yo le envíe a Francia donde, con toda seguridad, le guillotinarán.

Había encontrado lo que buscaba en su libreta, y se puso a escribir algo en una servilleta de papel.

—Necesita un pasaporte, un billete y dinero, mucho dinero. Lo tendrá todo, porque yo también soy ahora como un oficial. Le digo a un hombre «ven» y a otro «vete». Hay un hombre ahora en Berlín que nos será útil. En apariencia, un gran industrial, pero cuando le diga: «Henri Marsan, me agradecería que me prestase su pasaporte», vendrá corriendo a traérmelo. Es canadiense de nacimiento. Nunca, ha estado en Francia.

Siegel había acabado de escribir, y le tendió la servilleta a Belmond:

—Ésta es la dirección de otra amistad mía. Se llama Lotte Bernstein, y dirige un hotel muy privado, mío, cerca de Tempelhof. Un hotel lleno de preciosas muchachas vestidas con gasas y encajes. Usted debería divertirse un poco allá. ¿No recuerda sus tiempos militares? Los últimos pitillos, las últimas juergas de los condenados a muerte. Eso es lo que usted es, capitán Belmond.

Meneó Siegel tristemente la cabeza.

—Ah, si yo tuviera sus años y su físico... Bueno, voy a dejarle. Avisaré a Lotte. Vaya a verla, y ella le proporcionará lo necesario: billete, dinero y pasaporte con su retrato. Y nada de darme las gracias, por favor. Usted es un loco, amigo mío, y no quiero su gratitud. Aunque me interesará mucho leer su ejecución.

Pese a su tono furioso había tristeza en los ojillos de Siegel mientras, lentamente, iba elevando su masa de la silla. Iba a volver la espalda a la mesa, cuando una extraña expresión alentó en sus ojillos.

La mirada del minero avizorando una veta de metal precioso.

—*Herr* Belmond me dijo cómo salió de Rusia, pero no explicó con qué. Y puedo olfatear algo que tal vez me sea valioso. ¿Puedo tenerlo en mi poder? Para cobrarme por todo el dinero, riesgo y molestias que me cuesta usted... Ah, gracias, muchas gracias.

El pasaporte ruso brillaba tétricamente en su ancha mano.

—Es bueno. Puede ser útil. Puede abrirme muchas puertas.

Guardándolo, empezó a caminar hacia la puerta, pesadamente. Antes de llegar a ella se volvió para mirar con íntima envidia a

Belmond.

—Adiós, mi capitán. Fue agradable volver a verle, pero es una lástima lo de Tánger. Podríamos haber trabajado juntos allá, y Gerda es una buena chica, que le habría hecho feliz..., mucho más feliz que el recuerdo de un cadáver.

Salió a la calle y miró el enorme y lujoso coche que le esperaba. Con toda su inmensa riqueza no había una sola cosa que deseara comprar.

Habló consigo mismo:

—Sí, es una lástima lo de Tánger. De todos modos, adiós, mi capitán. Y buena suerte, Henri Marsan.

CAPÍTULO VII

—Gracias, señor Marsan.

El oficial de la policía francesa cogió el pasaporte, palpando las cubiertas suavizadas por muchas fronteras. Vio el sello canadiense y las firmas. Luego miró la foto las señas particulares.

Sí, todo estaba en orden:

«Henri G. Marsan.

Ciudadano canadiense.

Nacido el 1923, en Quebec.

Profesión: Industrial maderero».

Los sellos y visados proclamaban al gran industrial a sus viajes de negocios: Méjico, Mónaco, Bermudas, Alemania y ahora Francia.

Estampó el sello de entrada a Francia.

—Gracias, señor Marsan. Espero que su estancia en Francia le sea muy grata.

—Gracias a usted, oficial. Estoy muy seguro de que sí será.

Richard Belmond se guardó el pasaporte en su nuevo bien cortado traje, concentrándose en mantener el claro acento cantante canadiense. Abandonó el pasillo, salió al exterior del gran andén del aeropuerto. Llovía. Una lluvia francesa, primaveral, que parecía llevarse consigo el cansancio y la agonía de las tres últimas semanas. Permaneció un instante dejando que la tolano llovizna humedeciese su cara.

Y entró en el autocar que le conduciría al centro de París.

Contempló los rostros de sus compañeros de viaje indiferentes, desinteresados. No podían reconocerle. Richard Belmond había muerto.

Además, las fotos de la Prensa habían mostrado un hombre joven, algo corpulento. Ahora su rostro era macilento, muy enjuto,

representando más edad. Y el cabello cepillado hacia atrás vulgarizaba sus facciones.

La amiga de Siegel, Lotte, hacía maravillas como peinadora en su hotelito tras el aeródromo berlinés. Y también en otras cuestiones era muy hábil. Fue ella la que planeó la ruta de regreso para Belmond.

Larga y turística, para que así se mezclase con los grupos de excursionistas de cierta edad, yendo a Suiza, Bélgica y Francia.

Pero ahora ya estaba en su patria, con el peligro, en torno, y allí no había un Siegel o una Lotte para ay darle. Estaba completamente a solas. Con nada para darle ánimos, salvo el intenso odio latiendo en su corazón.

¿Quién mató a Laura? ¿Para qué? ¿Por qué? Y ¿quién podía ser la persona que supiera tanto acerca de sus propios movimientos? Una persona que debía saber que planeaba abandonar su piso a las nueve, ir a la factoría, aparcarse el coche en el aeropuerto y que en el bolsín del coche había un revólver.

Solamente había tres personas que reunían estas condiciones: la criada Germaine Prevost, su socio Lionel Feval y la propia Laura.

Ella recordó por las noches, sentada bajo la pantalla, escribiendo en el diario que nunca le permitió ver. Este diario era lo que había venido a buscar.

Había una posibilidad contra cien de encontrarlo. La policía lo habría ya hallado. De todos modos tenía que ir al piso a buscar el diario, porque aquel librito podía contener lo que quería... El nombre de un asesino monstruoso.

El autocar hizo una pairada. Bajó. Había visto un buzón de correos. Tenía que cumplir su promesa.

Sacó el sobre que tenía ya una dirección escrita y los sellos necesarios. Introdujo el pasaporte que Siegel le había «prestado».

Y se dirigió a la parada de taxis. Dio una dirección cercana al bloque donde se hallaba el piso. El piso propiedad de Laura Joubert, donde todo había empezado y donde podía ser hallada la verdad.

Vio el coche efectuando un viraje ceñido y frenar bruscamente. Dos hombres bajaron, viniendo hacia él. Parecían idénticos. Alzaron sus sombreros cortésmente al detenerse ante él. El más viejo dijo:

—*Herr* Ludvig Siegel. Tenga la bondad de venir con nosotros.

Sabemos que estamos en el sector oeste, pero no intente escapar ni pedir auxilio.

Se apartó un poco para que Siegel pudiese ver la pistola abultando en el bolsillo de su compañero.

—Eso es. Somos oficiales de información de Alemania Oriental.

—Me unen grandes relaciones con la República popular alemana.

—Razón de más para que venga con nosotros, *herr* Siegel.

Al principio había intentado negar. Era un viejo experto en interrogatorios. Denegó conocer siquiera al francés llamado Belmond.

—Pero eso es totalmente absurdo, señores. He leído acerca de este Belmond en la Prensa, pero nunca le he tratado. Ahora me dicen que fui visto en su compañía por uno de sus agentes. Parece que íbamos a cierto café del sector americano.

—Donde entraron y estuvieron cerca de una hora.

—Es totalmente falso, señores. ¿Por qué iba yo a tratar con una persona semejante? Un asesino. Soy hombre de cierta calidad en esta ciudad. Soy propietario de tres negocios y no sé cuántas casas. ¿Qué haría yo con alguien como dicho Belmond?

Siegel hizo cuanto pudo y, con la policía occidental, tal vez habría dado resultado. Pero éstos no eran occidentales, y sus métodos tampoco. Habían interrogado muy cortésmente, sonriendo amistosamente ante sus calurosas negativas. Y uno de ellos actuó.

Una mano había agarrado la zurda de Siegel en apretón que parecía amistoso, sosteniéndola como si examinase su forma y color.

De pronto, en un sencillo y experto movimiento, la mano policial se endureció hacia atrás como moviendo una palanquita, rompiéndole el dedo meñique.

Le entablillaron el dedo roto, le dieron coñac, palmadas tranquilizadoras, asegurándole que aún le quedaban diecinueve dedos, incluyendo los pies, y Siegel habló.

No era un cobarde, pero el dolor físico era algo que no podía afrontar. Les contó todo acerca de Belmond, el pasaporte que le había prestado y que Belmond acababa de salir rumbo a Francia. Les contó todo lo que ellos querían.

El policía más viejo no alzó la vista de su cuaderno de notas.

Señaló la puerta, sin ocultar su desprecio:

—Ha estado usted muy cooperador, y no creemos que mencione a nadie esta cordial entrevista. No, estoy seguro que no lo hará.

No había amenaza en sus palabras. Simplemente, seguridad absoluta.

Con fuego en la mano y agua en los ojillos, Siegel salió a la calle.

Poco después, sentado en el gran salón que era su orgullo y desquite, contempló las alfombras persas, el mobiliario de terciopelo y oro, el enorme órgano, el *Lázaro resucitado*, de Goya, y su selecta colección de grabados legítimos. Todo aquello ya no significaba nada.

Tenía que huir de Berlín. Por algún tiempo por lo menos. Cogió un mapa, extendiéndolo sobre la gran mesa regencia.

El azul de los mares, especialmente los del sur, le atraía. Pensó en playas blancas, agua tibia y palmeras.

Pero sus ojillos no se apartaban de un minúsculo cuadrado en el mapa. La ciudad de París, donde la red estaría cerrándose en torno al hombre al cual había vendido.

Junto al parque de Luxemburgo, en pleno centro de París, había calles muy tranquilas, que casi recordaban la provincia. En una de ellas un bloque de fachada antigua, contenía cuatro plantas divididas en ocho apartamentos. Un solo ascensor, añadido como tributo a lo moderno.

Sus inquilinos pertenecían a la clase selecta. Cuando uno de ellos moría, la administración se esmeraba en seleccionar el aspirante a sucesor del piso libre.

Fue solamente a través del sortilegio de la fama de su padre, cómo Laura había logrado obtener el arrendamiento con opción tres años antes. Era un arrendamiento en vida, que cesaba con la existencia de la inquilina.

Richard Belmond había regresado. A la escena de su supuesto crimen, tal como se decía que los asesinos hacían irresistiblemente. Esperaba que el piso no estuviera todavía alquilado.

Y aguardó a que el portero fuera a la esquina a tomar uno de sus incesantes vasos de vino oscuro. Atravesó la calle.

En la cabina telefónica del bar de enfrente una mujer de mediana edad parecía telefonear. Sus ojos, tras unas gafas de

maestra, eran brillantes e inteligentes. Siguieron los pasos de Belmond hasta verle desaparecer en el ascensor.

Cuando el ascensor se detuvo en el tercer rellano, salió Belmond, dirigiéndose al piso donde por última vez vio con vida a Laura.

No había luz bajo la puerta, y su propio nombre seguía en el tarjetero. Sacó una lima de uñas del bolsillo. Conocía bien aquel paño. En cierta ocasión había olvidado la llave, la noche libre de la criada, y descubrí la rendija por donde algo de acero podía soltar el petillo.

Manipuló con la lima, pero no lograba hallar el pe tillo. Ya estaba abierto. Alguien había dejado abierta puerta al irse. Policía o juez.

La empujó, entrando en el vestíbulo en penumbra. Y en aquel mismo instante su suerte le abandonó.

Lo primero que vio fue el pájaro.

Contra la ventana, silueteado por las luces de la calle, era un enorme pájaro midiendo cerca del metro cincuenta de altura. Su plumaje era negro brillante, con una espacie de gorguera en torno al largo cuello. La cabeza pelada ostentaba un largo pico color plomo.

La expresión del pajarraco era algo de lo más maligno que jamás viera, y por ella se deducía que tampoco le gustaba el intruso. El largo pico se echó atrás y empezó a avanzar con un gesto amenazador y a la vez pavoneándose grotescamente.

Detrás del ave una voz resonó por la sala. Una honda y cavernosa voz que podía proceder de una garganta de ogro.

—¿Quién demonios es usted y cómo se atreve a entrar en mi piso sin llamar?

La puerta del cuarto de estar estaba entreabierta, y un tenue resplandor brotaba. Por aquella abertura, la voz cavernosa, acudía tonante:

—Bien, ¿acaba de entrar o pretende que yo venga a saludarle? Será mucho peor para usted si vengo yo.

La áspera arrogancia de la voz repercutía por las paredes. Belmond permaneció quieto, preparándose para abandonar el sitio. Pero no podía. Ya estaba harto de correr, y había llegado demasiado lejos ahora. Tenía que enfrentarse a aquella terrible voz. Quien fuera quien se hallase tras la puerta, debía afrontarle.

—Ya comprendo... Le asusta «Napoleón», ¿verdad? No hay motivo. Basta con que le atice un patadón y se apartará. Es un Guaco, una especie de cigüeña sudamericana, y uno de los compañeros más simpáticos que conozco... por lo menos cuando estoy cerca.

—De acuerdo. Vengo.

Contorneó Belmond el simpático «Napoleón», cuidándose de hallarse fuera del alcance del pico afilado. De más cerca, la erguida cabeza y los negros ojos tenían cierto parecido con el famoso corso.

—Ahora puedo verle como conviene.

El dueño de la retumbante voz se reclinaba en un confortable sillón. Todo en torno a él, había baúles, cajas, maletas y fardos de mimbre.

Tras el sillón, la roja pantalla de la lámpara de pie, le aureolaba como a un locutor de televisión. Era un individuo gigantesco, macizo, rebosante de musculatura voluminosa dentro del traje llamativo de cuadros verdosos sobre fondo mostaza.

Su calva relucía y el espeso mostacho de guías erectas era de intenso color rojo. Alzó una enorme mano para inclinar la lámpara hacia Belmond, sin moverse del sillón.

—Ahora, veamos. Aunque raras veces me molesto en cerrar mi puerta, eso no significa que cualquiera tiene derecho a entrar. ¿Quién es usted y qué quiere? Por su entrada, caben tres teorías. Un ratero jabonoso, que imaginó que el piso estaba sin ocupante. Un parásito de la sociedad, esperando vender electrodomésticos o seguros. Un servil lacayo buscando empleo. Vamos, hombre, hable ya. ¿Qué quiere exactamente?

Belmond meditaba una respuesta coherente, mientras recorría con la vista el contenido de la habitación. Había un baúl frente a él, recubierto de etiquetas exóticas y unas grandes letras blancas:

EDMOND GRELOT

Antropólogo

—Me han enviado a visitarle, señor Grelot. Pido excusas por no haber llamado, ya que la puerta estaba abierta. Me tomé la libertad de pasar. Soy Henri Marsan, redactor del *France-Soir*. Mi jefe espera conseguir de usted detalles para un reportaje.

—Ya veo. Esto lo explica todo. Solamente un periodista tendría

la impertinencia de comportarse con tanta frescura. Del *France-Soir*, ¿eh? No es un cochino periódico vulgar, aunque algo arrabalero. He estado esperando a un «plumífero». No puedo comprender por qué no vino antes. Después de todo, ya llevo aquí tres días.

—Lo lamento, señor. La realidad es que mi jefe pensó que debíamos dejarle instalarse antes de venir a importunarle.

—Caramba, eso es muy correcto por su parte. Y cuando se decide a importunarme, me envía a un «plumífero» a las nueve de la noche, un cagatintas, que ni siquiera tiene los modales suficientes para llamar a una puerta.

Alargó una mano semejando un guante de boxeo y escanció en un vaso un líquido amarillento de un frasco azul. Apestaba horriblemente.

—Puesto que ya está aquí, le garantizo, una entrevista. Recuerde, sin embargo, que soy hombre muy ocupado, y que mi tiempo es extremadamente valioso.

Deglutió el maloliente líquido con mueca de satisfacción.

—Algo me intriga, sin embargo. ¿Por qué le envió el *Soir*? Conozco a sus corresponsales más importantes. ¿Cómo dijo que se llamaba?... Henri Marsan. No me repica ningún cencerro su nombre. Por su estilo y aspecto, debo pensar que está todavía en el escalón inferior de la profesión, aunque ya no es un párvulo. No será su culpa, pero me resulta extraño que me envíen a alguien de su clase escasa para entrevistarme a mí, precisamente a mí.

Belmond contó lentamente hasta diez antes de contestar. En aquel preciso instante sólo tenía una ambición: agarrar a aquel odioso sujeto por los fondillos de sus vulgares pantalones y arrojarlo a la calle por la ventana.

Solamente dos cosas le contenían. Primero, Grelot debía pesar unos noventa kilos de puro músculo y compactos huesos, y tenía aspecto de forzudo saludable. Segundo, el pico de «Napoleón» se apoyaba delicadamente encima del riñón derecho del visitante.

Trató de conseguir que su tono resultase blando y respetuoso, porque fuera quien fuese aquel tipo raro, saltaba a la vista que era preciso tratarle con tacto:

—Lamento haberle producido esta opinión, señor Grelot. Francamente, mi jefe me ordenó hacer un breve reportaje

preliminar antes de enviar a un corresponsal veterano. En defensa de mi empleo, le estaría muy agradecido si me ayudase.

—Es impecable que estaría usted muy agradecido, y supongo que, de vez en cuando, no daña ser caritativo. Probablemente no es culpa suya que siga siendo un debutante, y pocos de nosotros somos los elegidos para escalar las grandes cimas del mundo.

El rostro sardónico y agresivo de Grelot pareció súbitamente rebosar un buen humor sanguinario.

—Voy a darle su reportaje, y primero le daré algo más. Antes que pasemos al reportaje, le voy a dar materia para escribir algo excepcional, algo que no olvidará fácilmente.

Alargó nuevamente la mano, escanciando el nauseabundo líquido en otro vaso.

—Es un alcohol muy especial. Uno de los pocos casos conocidos de sustancia animal empleada como destiladora. Los yakuras aztecas lo consiguen con azúcar mezclado a la bilis del lagarto monstruo Gila. La tribu lo valora altamente como un notable afrodisíaco. Aunque ellos no necesiten mucha ayuda en este sentido.

Y miró astutamente a Belmond, que se figuró mentalmente acechado por un inmenso mono mandril. Tendía el vaso:

—Un jefe anciano me dio este frasco el año pasado. Por cierto, que salvé la vida de su hijo en circunstancias de gran peligro y temeraria audacia. El truco para beberlo consiste en tragarlo de golpe. ¡Salud!

—Salud.

Belmond tenía que seguirle la corriente al excéntrico personaje. Se llevó el vaso muy lentamente a los labios. El olor de aquel brebaje recordaba el de la lluvia en un bosque putrefacto.

Ante su cara se imaginaba una jaula llena de monstruos Gila reptando hacia su boca. Cerrando los ojos, contuvo la respiración y bebió.

Un segundo después algo similar a una barra de hierro al rojo vivo entraba en su estómago. El líquido en sí mismo era aceitoso y sin sabor. El resquemor estomacal desapareció, sus sentidos se vigorizaron y todo se hizo resplandeciente y maravilloso.

Sintió que, tras otro trago, al abrir los ojos vería la verdadera faz de la belleza. Solamente vio el rostro del desagradable Grelot, pero le produjo un admirado respeto.

—Verdaderamente es algo impresionante. ¿Puedo probar un poco más?

—No, no puede. Para un novato encajó el primer trago muy bien. Otro más y se queda sin sentido, con lo cual su periódico perdería el reportaje. Además, esta pócima de jarope es muy valiosa.

Embutió Grelot el corcho de un puñetazo, y se puso en pie. Pareció aún más ancho y agresivo.

—Vayamos a mi gazapera a echar párrafos. Es la única habitación de este vertedero que he logrado convertir en medianamente habitable, y estaremos más confortables allí. Fuera de mis patas, bellaco.

Apartó el pajarraco con la suela, palmoteo el hombro de Belmond y abrió la puerta que daba acceso a lo que había sido el muy femenino dormitorio de Laura.

El cambio era fantástico. Porque la «gazapera» de Grelot era una habitación, únicamente por su estructura. Contenía todos los elementos del horror del demente, de las pesadillas infantiles.

Sus paredes estaban recubiertas de cráneos, algunos animales y otros humanos. Unas luces interiores realzaban una colección de máscaras diabólicas, timbales africanos y peligrosas armas agudas.

Mirando en torno, Belmond se puso rígido. No estaban solos en aquel recinto. A pocos pasos, bajo la lámpara-cráneo más próxima, un hombre, en pie, esperaba.

Muy alto y negro como el carbón. Iba desnudo desde los pies hasta medio muslo. Una levita caqui abrochada, cerrada hasta el cuello. En las hombreras, la tétrica luz hacía relucir los galones de coronel.

—¡Lo supuse! Ya me figuré que esto le impresionaría. Esta mañana, cuando entró la fregatriz, le dio un arrechucho histérico a la pobre.

Bramó Grelot una seca carcajada y encendió la luz del techo. A su resplandor pudo ver Belmond que el altísimo y espantoso coronel era un maniquí, aunque daba impresión de vitalidad.

—Es el coronel Zino, el cabecilla
Mau-Mau.

Lo perseguían porque había eliminado a una docena de policías. Por entonces yo estaba en el monte Kenia tras un rinoceronte, cuando oí

que Zino y su banda estaban por mi sector. Naturalmente fui a echarles un vistazo. Los cacé al acecho uno tras otro, en tres días. Y finalmente tumbé a Zino con mí «Mannlicher» de repetición. Una hermosa carabina, que tiene un picoteo encantador como puede apreciar.

Cogió los cabellos crespos erizados en trenzas verticales, y echó hacia atrás la negra cabeza. Bajo la línea del maxilar había una brecha redonda y rojiza.

—Como era uno de los mozos más grandes, en todos sentidos, del

Mau-Mau,

pensé que sería una bella pieza más de mi colección. Un par de portadores masai me lo embalsamaron y lo embarqué en un cajón con las advertencias: «Muestrario botánico (frágil). Este lado arriba». Estuvo encerrado en su cajón por una semana, y acaricio la esperanza de que las polillas no me lo fastidien.

Señaló a Belmond un sillín de bambú, y se reclinó contra la espantosa momia.

—Bien, Marson, ya estoy listo para su reportaje. Desembuche.

—Gracias, señor.

Belmond se concentró, buscando la adecuada pregunta. No tenía la menor idea de quién era Grelot, ni cuál podía ser el motivo que le hacía esperar visitas de corresponsales, pero necesitaba registrar aquel cuarto de horrores que había sido antaño el exquisito dormitorio de Laura.

Si pudiese lograr que Grelot saliera de la habitación, podría empezar su búsqueda del diario.

—Dígame, señor Grelot... Tengo entendido que lleva ya tres días aquí. ¿Cómo consiguió este piso? Quiero decir, ¿no le resultó difícil, tan pronto, después del asesinato? ¿La policía no se opuso?

—¿La policía? ¡Claro que no! Y vaya pregunta más rara... De hecho, la policía se deleitó ante el honor de facilitarme alojamiento. Cuando abandoné el barco en Le Havre, leí sobre el asesinato de marras, y necesitando un rincón donde aposentarme, me puse en contacto con mi amigo Dubosc. Muy conocido. ¿No le replica?

—Pues, no...

—Vaya filfa de reportero que es usted, cuernos. Se trata nada menos que de Paul Dubosc, el famoso comisario del *Quai des*

Orfevres. Me llevó personalmente a los inmobiliarios encargados del caso y me instalaron en el acto. Muy complacidos de alojarme aquí, puesto que es evidente soy el tipo de inquilino adecuado.

—Así es lógico que la policía no se opusiera...

—Todo lo contrario. Me contaron detalles. Parece ser que este despreciable sujeto, Belmond, voló a Rusia, y probablemente nunca se oirá hablar de él. Pero si regresase, si tuviera la desfachatez de volver al escenario donde incubó el crimen monstruoso, entonces se encontraría con alguien que sabe cómo manejar a cualquier criminal, ¿no le parece?

—No lo dudo.

Belmond miró el cuello macizo y los nudosos músculos de Grelot, rellenando la tela de su chaqueta. Indagó:

—¿Desde que ha estado aquí, señor, notó algo que la policía pudo pasar por alto?

—¿Que si he notado algo?

Frunció el ceño, Grelot extrajo una pitillera, sacando un pitillo. Se volvió hacia el negro momificado y rascó una cerilla en su frente.

—No, no he notado nada. Y en todo caso, ¿qué demonios importa? Estoy seguro que su jefe no le ha enviado aquí a dilapidar mi tiempo discutiendo del piso o de un sórdido crimen. Seamos sensatos y volvamos a Tanzania, ¿quiere?

—¿A Tanzania?

El rostro de Belmond se crispó por la sorpresa. Grelot, colérico, aclaró:

—Naturalmente, a Tanzania. Mi expedición a Tanzania. Mi épico descubrimiento de unas especies completamente ignoradas de ballenatos que... ¡Ya veo!

Con su expresión favorita, Edmond Grelot se irguió, resoplando hondamente, y un color más denso acentuó el bronceado de su rostro y calva.

—Con que esas tenemos, ¿eh? Su miserable papelucho no es el *Soir*, y no le han enviado aquí para relatar mi expedición a Tanzania. Usted allanó esta apacible morada para intentar escribir alguna infecta basura sobre este piso, y la nulidad que mató a su probablemente infiel mujer y voló hacia los bolcheviques.

Belmond prefirió conservar el silencio. Agregaba Grelot:

—Usted es uno de los más ignorantes y frívolos sujetos que

nunca he conocido. Y trató con ministros. ¿O sea que nunca oyó hablar de mi expedición a los mares de Tanzania eh? Ni siquiera sabe quién soy. Bien, yo se lo haré saber.

Con sorprendente agilidad, dado su tamaño, embistió a través de la habitación, extrayendo libros de una caja de mimbre, en una esquina. Por un momento, viendo aquel rostro agresivo y colérico, temió Belmond que el calvo explorador le lanzase los libros.

Las facciones se relajaron, y Grelot esbozó una sonrisa. Sin buen humor y con gran desprecio compasivo, opinó:

—Supongo que uno debe hacer ciertas concesiones. Ustedes los escritorzuelos que marchitan sus vidas hociendo ideas y relatos por las bajas capas suburbanas, deben estar trágicamente fuera de sitio ante los amplios y superiores aspectos de la vida. ¿Nunca oyó hablar del monte Grelot en Nueva Caledonia? ¿Ni del río Grelot en Camerún? ¿Nunca leyó mis obras?

Con el gesto de un emperador presentando su primer hijo a la multitud, tendía unos libros.

—Aprenda quién soy, ignorante.

Las polvorientas cubiertas llevaban el pie de imprenta de una conocidísima editorial. Y no cabía duda sobre la identidad del autor.

En cada portada, Edmond Grelot parecía rugir ante un fondo de jungla, y vestía *shorts*, *salakof*, botas, aparte el rifle cruzado a la espalda.

A cada lado, algo atrás, grupos de nativos permanecían en actitudes de respeto, pavor y adoración.

Los nativos variaban de color desde la canela al negro, del amarillo al caqui, igual que la vegetación, pero el formato de los libros era el mismo.

Belmond miró los grandes títulos: *Grelot entre los caníbales*, *Con Grelot por las Selvas Perdidas*, *Sobre la pista del Abominable Gorila de los Hielos*.

—Debe usted perdonar mi confusión, señor Grelot, pero mi jefe no me dijo a quién iba a encontrar aquí. Fui enviado para interrogar al nuevo inquilino y conseguir sus opiniones sobre el caso Belmond. Nunca, por un solo instante, pensé que iba a conocer al célebre Grelot.

Recogiéndole los libros, volvió Grelot a colocarlos en la caja.

Cuando regresó, sus facciones ostentaban una expresión distinta: grave, meditativa, con pequeños salientes de carne tostada por las intemperies, formando frunces sobre sus espesas cejas.

Un pensador peligroso.

Un minuto antes, Belmond creía tratar con un engreído y chocarrero bufón tartarinesco. Ahora vio que no había nada de cómico en el hombre que estaba avanzando hacia él con felina lentitud.

—Si su jefe no se lo dijo, realmente no podía saber quién era yo. Eso es cierto, Pero no vino a conocer mis opiniones sobre el caso Belmond. Sino concretamente algo que la policía pudo pasar por alto. Eso es lo que vino a saber.

Distaba apenas un paso de Belmond y agregó:

—No debe pedirme excusas. Yo soy el que ha de hacerlo. Porque le llamé frívolo e ignorante. Y estaba totalmente equivocado.

Su mano asid un brazo de Belmond. Unos dedos como alicates empezaron a presionar.

—No es usted ningún necio, y no es mi relato el que interesa, sino el de usted. Quiero oír el relato de sus hazañas, Henri Marsan. Insisto en oír su historia, Richard Belmond.

CAPÍTULO VIII

Había llegado al final del trayecto, porque renunció a luchar y, tras contarle todo, la enojosa situación había terminado. En el sillín de junco se reclinó contra la pared, aguardando a que Grelot telefonease a la policía.

En parte estaba satisfecho por haber abandonado, arrojando la toalla como el combatiente en condiciones de inferioridad ante la hostil pirueta trágica de su destino.

Pronto vendrían a llevárselo, le escucharían amablemente y lo encerrarían. Luego, salvo un nuevo milagro, algún día saldría de una celda, avanzaría por un pasillo y oiría un reloj desgranando el primer toque de las siete de la mañana. Al fondo, el cadalso.

Edmond Grelot no se movía. Seguía reclinado contra la alta figura del coronel Zino. Había añadido otra colilla al creciente círculo en torno a sus pies.

—Ha efectuado un largo viaje, Belmond. Un trayecto que exigió mucho valor. Aunque su primera fuga fue facilitada por un accidente, demostró valor. Tuvo el valor de franquear el telón de hierro, el valor de no entregarse al primer polizonte occidental que vio en Berlín, y el valor de venir aquí. Y yo admiro el valor. Y lo identifico en los demás. Y lo respeto. Posiblemente porque lo poseo en alto grado yo mismo.

—Me pidió mi historia y la ha oído. Le he contado la verdad y me tiene sin cuidado que me crea o dude de mi palabra. Cumpla con su deber. Telefonee a la policía y asunto terminado.

—Telefonar a la policía sería extremadamente imprudente.

Las espesas cejas rojizas de Grelot formaron una barra sobre sus ojos penetrantes.

—No solamente imprudente sino bastante tardío ahora. Si pretendía entregarse, tuvo que hacerlo en Berlín, por ejemplo. ¿Para qué rendirse ahora cuando llegó al sitio donde quería, donde puede

empezar la cacería al asesino de su esposa?

—¿Está... indicándome que me cree, y que no piensa entregarme a la policía?

—No vaya tan aprisa. No he dicho nada parecido. Me interesa su caso. Y creo que posiblemente no es usted un traidor. El hecho de estar aquí y no en Leningrado lo demuestra..., o parece demostrarlo.

Cruzó Grelot la habitación, y fue a sentarse tras un escritorio.

—Por lo que a traición se refiere, le creo. En cuanto a si es usted un asesino, no estoy seguro... Todavía no. Mi amigo el comisario me hizo un resumen del caso. Y las pruebas son contundentes. Sin embargo, persiste el hecho de que ha regresado de Rusia. Y no creo que usted fuera tan estúpido como para cometer un crimen semejante, a menos que no hubiese decidido quedarse en Rusia.

Escrutaba a Belmond y denegó con la cabeza:

—No, no lo creo estúpido. Pero la policía, por inteligente que sea, se atiene a hechos. A huellas dactilares, a factores tiempo, lugar y testimonio. Y en su caso, tienen estos hechos en profusión. Si se entrega le escucharán y buscarán alguna prueba nueva. Seguirán basándose en hechos, y si no encuentran ninguno nuevo...

Se pasó el índice por el cuello en gesto seco, tajante.

—No, todavía no iremos a la policía. Primero quiero convencerme yo mismo de su culpabilidad o inocencia. Luego, haremos lo que corresponda.

Avanzó un poco el busto por encima del frágil escritorio.

—Ha tenido usted mucha suerte. Escapó de Rusia gracias a un coche triturado. Atravesó media Europa, y halló a este bribón de Berlín que le ayudó. Y ahora su suerte ha alcanzado el máximo grado. Porque yo, en persona, acepto investigar su caso y ayudarle.

Belmond contempló, atónito, a Grelot. No podía saber con certeza si Grelot era simplemente un charlatán o un hombre convencido de su mérito, pero se veía obligado a aceptar su ayuda.

Debería dar las gracias y no podía. Grelot le sacó de apuros, alzando la mano en gesto majestuoso:

—Ya sé cómo se siente, Belmond, ante mi oferta, pero no me lo agradezca. No, todavía no. Por el momento me limito a estudiar su caso como un problema intelectual. Si averiguo que es usted realmente culpable, le entregaré al primer guardia que

encontremos. Y ahora, puesta en claro mi posición, pasemos a la labor.

Abrió un cajón y colocó un folio de grueso papel pergamino sobre el escritorio.

—Asumiendo que me ha contado la verdad, estudiemos ahora cómo el asesino pudo forjar el plan que le complicó plenamente a usted. Primero, se las compuso para que la criada de su esposa hiciese una declaración falsa. Dijo usted que esta mujer, Prevost, parecía leal y adicta a su ama. Pero todos nosotros podemos ser comprados con la adecuada amenaza o soborno, y la señorita Prevost no va a ser forzosamente una excepción. Sin embargo, no se pueden comprar huellas, y parece ser que este prodigioso criminal fue Capaz de producirlas.

Hizo una pausa para escribir en el pergamino.

—Huellas digitales en el coche que usted jura quedó aparcado en el aeropuerto. Por cierto, ¿qué marca era? ¿No me dijo que poseía un «Renard»?

—Poseo un «Renault», aunque no lo usé aquella noche. Estaba en el garaje para una revisión de rutina. Toda la semana aquella estuve conduciendo uno de la empresa. Un «Simca» negro.

—Ya veo. Un coche de la empresa, ¿eh? Tamaño mediano, coche en serie, exactamente igual a mil de su tipo y marca. Ahora, consideremos lo bien enterado que está el asesino. Sabe que iría usted a la empresa en su camino hacia el aeropuerto, y que había planeado un viaje a Rusia a causa de dificultades financieras. ¡Sabe que había una pistola en el coche! Y solamente había una fuente de la cual pudo él conseguir estos datos. Su esposa Laura. Ella es el eslabón entre usted y el asesino.

La diestra de Grelot escribía ahora con signos taquigráficos.

—Le ruego me hable de su esposa. Me dijo que, de pronto, ella cambió. ¿Una dolencia física? ¿Una especie de tara hereditaria mental?

—No, no era eso. Fue algo que le ocurrió a ella, algo que era tan horrible que ni siquiera a mí podía explicarlo.

Y Belmond fue relatando la extraña actitud de Laura Terminando:

—El motivo por el cual volví aquí fue para encontrar un diario. Laura escribía un diario íntimo, que escondía y que nunca pude

leer. Y creo, solamente es una idea que en el diario podría hallar la clave del misterio.

Levantándose, fue a la chimenea apagada ahora, porque había llegado la primavera. Bajo la repisa, ninfas y pastores seguían retozando. Vides y rosales trepadoras rodeaban las altas columnas.

Una chimenea que era una obra de arte y que podía contener la identidad del asesino.

—Vine para encontrar el diario de Laura. Puede que la policía lo haya encontrado.

—No. Estoy seguro de que Dubosc me lo habría dicho. Y usted cree que el diario puede estar escondido en esta filigrana.

Los dedos de Belmond recorrían las figuras talladas en nogal. Luego, las manos se cruzaron a la espalda y permaneció mirando el hogar extinto.

Preguntó Grelot:

—¿Supone que pueda haber algún cajón secreto o panel deslizante?

—No lo sé. Lo único que me consta es que existe el diario. No podía ella ocultarlo en el mobiliario moderno, ni bajo el suelo, que está herméticamente cimentado con moqueta adherida. Esta chimenea es una herencia que ella trajo consigo e hizo instalar cuando adquirió el piso. Creo recordar una historia referente a esta pieza de arte. Uno de sus antepasados coleccionaba gemas, y la empleaba como caja secreta.

—Ya veo. Gemas, ¿eh? Piedras preciosas, cartas amorosas y rincones secretos. Muy romántico.

Edmond Grelot se quitó la chaqueta de colete cerrado, y apareció la camisa gruesa, de color violeta con rayas escarlata. Las mangas estaban retenidas por dos aros de acero, que parecían a punto de estallar bajo la presión de los salientes bíceps.

—Haya o no cajones secretos, será mejor salir de dudas. Hay una posibilidad sobre diez de que esté aquí, y una contra cien de que nos revele algo. Pero hemos de encontrarlo.

—Píemlos de encontrarlo —repitió Belmond.

Se arrodilló bajo la repisa para estudiar las tallas, buscando el resalte o hendidura que pudiera revelar un modo de abrir, secreto. Dijo:

—Me temo que nos tomará mucho tiempo. El artesano que

diseñó este pieza fue un genio, y si hay un gavetero o un panel, estará muy bien escondido.

Gruñendo, flexionó Grelot sus músculos:

—Parece que usted desestima mis capacidades tanto mentales como físicas. Si este trasto contiene un escondrijo, lo hallaré. Y lo que es más, lo hallaré antes de cinco minutos.

Se inclinó sobre el hombro de Belmond, palpando la madera. Luego se dirigió a la pared del fondo, descolgando algo.

—Voy allá. Los del seguro pagarán, protestando, pero para eso están esos pulgones.

El hacha de combate que empuñaba tenía por cimera un cuerno de rinoceronte, y ofrecía una gran semiluna de acero afilado.

—Ahora tenga la amabilidad de apartarse de mi camino y veremos si este mueble esconde algo.

—Un momento, Grelot.

Incorporándose, Belmond se interpuso. Aunque la chimenea pudiera contener su libertad y venganza, su mente ordenada se sublevaba contra la destrucción.

—Antes que emplee el hacha, podríamos intentar hallar el resorte o la palanca... Después de todo, es un mueble valioso y sin igual.

—¿De veras? Muy interesante. ¿Y tiene la impertinencia de sugerir que soy un cegato que no me he dado cuenta?

Grelot alzó el hacha de combate y, por un instante, pareció que iba a abatirla sobre el cráneo de Richard.

—Belmond... No tengo la menor idea del valor que le concede a su vida, pero también mi tiempo es valioso. Ahora apártese.

Dilatando la capacidad torácica y muscular, hizo girar el hacha sobre su propia cabeza, y, avanzando, lanzó un bramido rugiente.

Cuando el hacha bajó sobre la delicada pieza de mobiliario, Belmond adivinó que a Grelot le agradaba destrozar cosas. Su rostro irradiaba la alegría sanguinaria de un vándalo en un templete enemigo.

Por ocho veces restalló el hacha, tajando la repisa, astillando los paneles y desmenuzando las tallas. Luego retrocedió Grelot contemplando su obra. Madera en astillas, fragmentos de yeso y cemento.

Removió con el hacha los restos.

Apareció la libreta con cubiertas de piel, la historia íntima de Laura.

Belmond había leído al igual que Grelot. En un principio aquello no tenía sentido. Frases deshilvanadas. Palabras que no encajaban juntas. Páginas vacías, dibujos sin significado, hondas rayas y desgarros allá donde el bolígrafo apretó demasiado.

Richard Belmond relejó nuevamente los párrafos con ilación sensata:

«Te levantas por la mañana y eres feliz, eres una mujer contenta, con pequeñas preocupaciones, y ninguna de ellas importante. Has desayunado con tu esposo, como siempre, besándole en despedida cuando se va al despacho. Entonces, como eres una mujer criada en la indolencia, te sientas a pensar qué harás con tu día.

»Para ser enero hace una mañana preciosa. Decides visitar tiendas. Siempre te ha gustado, aunque no compres nada. Y de pronto te sientes inquieta. Como si tuvieses a alguien detrás suyo, siempre vigilándote. En cada escaparate; en cada tienda, hay un reflejo de ojos vigilándote.

»Es simple imaginación. Vas a una cafetería para saborear una taza de café muy negro. Mientras lo paladeas, la sensación de que te vigilan se hace mayor hasta tal punto que ansias levantarte y echar a correr. No puedes, porque en aquel mismo momento, en tu mesa apartan una silla, una voz pide permiso, y los ojos que te acechaban se instalan frente a ti.

»Y ya no estás asustada, porque es una mujer. Alta, flaca, con un vestido y un abrigo que tienen mucho uso. Una mujer ordinaria, que apenas se nota entre la gente. Puede ser una oficinista, una empleada de limpieza, una mujer de modesta clase.

»Sonríes a la mujer que comparte tu mesita, y le dices que el tiempo es delicioso para ser invierno. Esperas una vulgaridad semejante a modo de respuesta. Pero la mujer no contesta vulgarmente, oh, no...

»Reclina el viejo paraguas contra la mesa, se quita los lentes y te llama por tu nombre de pila. Y a partir de entonces el mundo empieza a disgregarse.

»Un minuto, dos, que parecen años y escuchas, sentada. Y escuchas cómo destrozan tu mundo. Y entonces, sin contestar, te levantas para caminar hacia la cabina telefónica y llamas a la policía.

»Pero, de pronto, sabes que no puedes hablar con ellos, es imposible contarles algo tan monstruoso. Primero debes saber más. A través del cristal de la puerta ves a la mujer, muy tranquila, mojando pasteles en un tazón de chocolate. Horriblemente tranquila y vulgar. Cuelgas y regresas a escuchar lo que tiene que revelarte.

»Cuando ella ha terminado, sales y caminas por todo París, intentando pensar. Caminas tocio el día.

»Regresas a tu hogar, tu tibio piso, con tu criada, que conoces desde la infancia, con tu esposo, que no tardará en llegar. Pero el piso ya es frío, y Germaine Prevost se ha convertido en una extraña, y cuando tu esposo regresa no puedes hablarle. Lo deseas, pero no puedes. No hay nadie en el mundo a quien puedas hablarle.

»Entonces dices que te encuentras mal, pero nada grave. Que no quieres ver al médico, porque por la mañana te encontrarás bien. Y cuando estás a solas, sacas, tu diario, intentas escribir lo que sientes.

»Por la mañana ya no hay primavera y es invierno. Oyes la lluvia llorar por los cristales. Y por un segundo maravilloso crees que todo fue una pesadilla. Luego palpas el librito bajo la almohada, y sabes que no fue una pesadilla y que todo sucedió.

»Te levantas para salir y hacer exactamente lo que aquella mujer te ha dicho».

Seguían páginas incoherentes, y en segunda lectura podía deducir Belmond lo que su esposa había hecho. Fue al Banco donde sacó dinero. Fue al Metro y llegó a los arrabales de París.

No mencionaba el nombre del distrito de las afueras, pero la

calle estaba bien descrita. Cerca del río, del rumoroso Sena, una calle pequeña, con altas casas antiguas, y un puente de tren en alto. Las casas fueron residencias, pero la llegada del ferrocarril hizo abandonarlas por sus propietarios.

Ahora eran pisos pequeños, pensiones, depósitos, negocios pequeños.

Laura tenía que ir a un local al fondo de aquella calle. Un bar de pequeño pintado de verde, cuyo nombre era Auberge Normanda. La mujer le había dicho que vendría a las once en punto.

Y venía calle abajo por la acera opuesta. Se detuvo Laura a esperarla. La mujer no se daba prisa, y, a unos veinte pasos, empezó a cruzar la calzada, no rectamente, sino en diagonal. Y surgió el coche.

«Nunca vi la muerte hasta entonces —escribía Laura coherentemente— sólo en cuadros o retratos, y no tenía sentido para mí. Ella estaba allí un segundo antes, y luego quedaba algo parecido a un pelele rodando por el suelo empedrado de la calle, como si nunca fuera a pararse de rodar.

»Nunca imaginé que un cuerpo podía moverse así, pero cuando quedó casi delante mío eran solamente jirones de ropa cubriendo algo que no se movía ni se movería nunca más.

»Y también vi al conductor del coche. Su rostro, no, porque lo tenía girado al otro lado. Pero vi su mano.

»Reconocí su mano. Sí, la reconocí, aunque parezca ridículo. Aquellos dedos en torno al volante. Su mano».

Nuevamente incoherencias hasta poder deducir. Laura vio el coche virar la esquina y desaparecer. La muchedumbre acudiendo de los locales y casas. Ella alejándose. Caminando. Caminando días, semanas, meses, por París, buscando algo que tenía que hallar, pero que no podía mencionar.

Y en la última página del diario parecía que ya lo había hallado.

«Ya lo sé todo ahora. Conozco toda la horrible historia, y esta noche hablaré. He de hablar o me volveré loca.

»Si no puedo hablar, entonces, cuando todo se sepa, Richard estará en Rusia. Ojalá le hubiese hablado desde el primer día, pero entonces me parecía imposible. Ahora ya es tarde. Mi querido Richard, mi buen Richard, ¿qué pensarás de mí?«.

Richard Belmond cerró el diario íntimo.

No comprendía el significado del relato ni qué pudo decirle la mujer a Laura.

Lo único que notaba era una honda melancolía.

CAPÍTULO IX

Edmond Grelot apartó la hoja de apuntes que había tomado y se puso en pie. Decretó:

—Cada ser humano puede llevar consigo mismo un monstruo oculto, algo que aterroriza. Varía según las personas, claro. Uno puede tener, por ejemplo, un miedo atroz a ciertos animales o insectos, considerándolos monstruos. Otro puede tener horror a morir empalado. Cruzó los brazos majestuosamente:

—Hablo de mentes delicadas, naturalmente. Mentes que rara vez se atreven a revelar estas cosas, ni a sí mismas. Yo, mente superior, confieso que mi único monstruo es pensar que pueda morir en la cama de reuma articular. Cada cual tiene su monstruo. Existen. Y confrontado con su terror, el espíritu humano se avergüenza. Su esposa parece haber hallado su monstruo. Lo conoció en una cafetería.

Belmond acariciaba el diario íntimo. Replicó:

—Y al encontrarlo, su mente enloqueció, ¿no? Ya que este diario no es lo lógico en una persona normal. Pero Laura era normal, se lo juro. Y sin embargo, no pudo escribir con claridad, no pudo anotar los detalles concretos.

—Encontró una mujer en un café. Esta mujer le dijo algo, y trató de someterla a chantaje. Fue a reunirse con la mujer a la mañana siguiente, y vio cómo la atropellaban sañudamente. Asesinada por un coche conducido por alguien que ella reconoció por una mano característica, una mano con algo especial.

—¿Quién era la mujer? ¿Quién la mató? ¿Qué fue lo que ella le dijo a Laura, que la fue enloqueciendo?

—Todavía no lo sé, muchacho, pero me propongo saberlo y muy pronto.

Grelot se dirigió al umbral. Deteniéndose, expuso:

—Voy a efectuar una llamada telefónica, que nos puede ayudar.

Mientras, quiero que cavile a fondo. Recuerde alguien que corresponda a la descripción del chófer atropellado. Alguien que tenga algo raro en su mano o dedos. Tal vez un anillo especial. O una enfermedad de la piel. Una cicatriz, una deformidad. Piense a fondo, Belmond, porque su vida puede depender de ello.

A solas, Richard trató con todas sus fuerzas de recordar a alguien con aquella característica delatora. No pudo. Renunciando, fue a la ventana, y apartó las cortinas.

Era tarde en la noche, y las luces de París convergían para formar un rojo resplandor a modo de bóveda en el cielo.

Viernes noche, noche de paga, inicio del fin de semana. Los bares llenos. Uno llamado Auberge Normande, por ejemplo. Estaba en una calle donde las casas señoriales se habían convertido en talleres, depósitos y despachos modestos.

Una calle donde una mujer había rodado como una muñeca de trapo...

Grelot volvía a entrar y llevaba un fajo de periódicos. Preguntó:

—¿Recordó alguien que pudiera corresponder a la descripción?

Viendo que Belmond se limitaba a denegar con la cabeza, manifestó:

—Bien, mientras usted pensaba en vano, telefoneé al *Quai des Orfevres*. No se alarme. No les dije que estaba aquí. Quería un informe policial del atropello de la mujer. Un atropello en enero. Los zánganos tuvieron la impertinencia de mencionar que a mí no me importaba nada, y que dejase de molestar. Llamé al jefe, mencioné al comisario Dubosc y, en un instante, admitieron mi calidad y derecho. Han prometido telefonarme apenas tengan los detalles. No tardarán. No habrá muchos bares con este nombre de Auberge Normande por París.

Frunció las cejas en horizontal. Gesto que acompañaba sus procesos serios de concentración.

—Escapó de Rusia, pero es usted hombre de mala suerte. Su esposa no confiaba bastante en usted para hacerle una confidencia. Una criada que usted creía leal, mintió para que le guillotinasen si volvía a asomar. Y su socio hizo una declaración destinada a enterrarle en vida. No, por favor no me interrumpa.

Removió sus anotaciones y trozos de periódico.

—Usted me dijo que no tenía conocimiento de los detalles

técnicos del circuito que su socio diseñó. Lo acepté. Un director de ventas, suministros, personal, no lanía por qué ser técnico electrónico. Sin embargo, los rusos, que son cautelosos, no se molestaron en comprobar si realmente era usted técnico. Dieron por hecho que usted lo era. Igualmente, nuestra policía. Lo calificaron de traidor, prontamente.

Inclinándose, tendió a Belmond una hoja de periódico.

—Publicado hace tres semanas. Estaban todos seguros de que usted era un técnico por una razón sencillísima. Alguien lo pregonó.

El periódico estaba arrugado y sucio, pero la fotografía era fácil de reconocer para Belmond. Su socio Lionel Feval ante la puerta del taller número dos.

Bajo la fotografía, el pie decía:

«Richard Belmond pudo matar a su esposa —declara Lionel Feval—, pero fue para mí un excelente socio».

Miró la columna al lado, y experimentó algo semejante a un dolor físico al comprender lo que insinuaba Grelot. Declaraba Feval:

«No, no, Richard Belmond no era meramente la parte financiera y comercial de la empresa. Aunque él hiciese poca investigación científica era un técnico magnífico y, en cierto modo, actuaba como contraste de mis opiniones.

»Sí, conocía a fondo todos los productos de la firma.

»Nunca permitía que un experimento se llevase a ejecución sin antes quedar satisfecho por sí mismo de cada detalle técnico».

¿Por qué había mentido así Lionel? Nunca había discutido con él ningún detalle técnico. Había sido simplemente la computadora humana de la empresa la que salía a vender, la que traía pedidos, la que buscaba materiales.

Miró a Grelot:

—Tiene razón. Les mintió. Propagó su mentira. ¿Por qué?

Mientras hablaba le parecía ver a Yegor Denikin diciéndole:

—«Sabemos que usted puede... Por su propia vida, Belmond, dibújenos este circuito».

Se desvanecía el rostro de Denikin y quedaba el de Grelot, solicitando:

—Hábleme de ese Feval. Sabemos que mintió, que era un genio electrónico, pero ¿qué más? ¿Sus antecedentes? ¿Sus simpatías políticas? Dígame lo que sepa de Feval y trataré de comprender por qué mintió.

—Lo intentaré.

Pero no hallaba palabras para describir a su socio. Como persona no conocía a Lionel. Siempre veía lo mismo: una silueta inclinada sobre cables, tubos, soldaduras. Una mano dibujando en el tablero. Un cerebro técnico sin emociones ni sentimientos.

Porque Lionel no tenía *hobby*, ni deporte, ni amoríos, porque no disponía de tiempo. Ganaba dinero, pero vivía en un estudio amueblado en una casa cercana a la factoría. Parecía no tener puntos de vista en religión, política y arte, y pregonaba no haber leído una novela desde los diecisiete años.

Hizo una vez cola para ver un nuevo tipo de película, y abandonó el cine a los diez minutos, cuando comprendió el sistema de la reproducción en color.

Dijo Belmond, cohibido:

—Nunca le conocí realmente. Nos encontramos, por casualidad, después de la guerra, y discutimos el fundar un negocio juntos, uniendo nuestros recursos monetarios. Era un ingeniero excepcional y un buen socio, siempre que yo me cuidase de refrenar sus proyectos descomunales. Creo que, textualmente, él no se interesaba en nada, salvo su propio trabajo.

—Ya veo. El científico absorbido. El ejemplar raro, enamorado hasta la obsesión de su trabajo.

Los dedos de Grelot repicaron a un lado del escritorio.

—Dígame, Belmond... Antes de su matrimonio, usted llevaba el negocio en forma próspera, según me contó, pero después lo descuidó y se fue abajo, porque, dejado libre su socio Lionel se dedicaba a cada proyecto brillante, pero poco productivo, que se le ocurría. Por consiguiente, antes, usted era una barrera para él. ¿Ya comprendiendo dónde apunto?

—Perfectamente. Sí recuerdo ahora que Lionel se erguía como un gallo furioso, y le echaban chispas los ojos, cuando algún proyecto suyo no lo aceptaba yo por estimarlo demasiado costoso

para lo que podía beneficiarnos.

—Vaya haciendo memoria... ¿Algo más?

—Algo... realmente asombroso. Fue Lionel, el socio que no tomaba el menor interés en la parte financiera de la empresa, el que sugirió mi viaje a Rusia.

—¿En qué basó su sugerencia?

—Fue terminante. Los rusos habían solicitado días antes maquinaria de oficina, y nuestra computadora o calculadora era la mejor dado su precio. Y una visita a Leningrado parecía ser la fácil solución para salir de la bancarrota que se avecinaba.

Se dio Belmond una palmada en la frente:

—¡Es inicuo! De pronto lo comprendo... Parece como si todo el tiempo llevó una máscara. Tras ella me odiaba, por cortarle los vuelos de inventor sin idea comercial.

—Así parece. Ahora veamos el caso de Laura. Es amenazada de chantaje, y se dispone a pagar. No puede confesarle a usted el motivo del chantaje, lo cual significa que se considera muy culpable, o desea proteger a una persona a la que ama.

Se irguió Belmond, lívido. Lo aplacó Grelot con amplio ademán:

—Estudiamos teorías, muchacho. Siéntese, caramba. Tenemos que la chantajista es asesinada por un coche que no se detiene, pero Laura reconoce al conductor por la mano. Sugerí que debía ser una mano con alguna característica especial. ¿Por qué? Quizá era una mano normal, pero muy identificable para alguien que la conocía muy a fondo. Un amante quizá.

Grelot vio la tensión de su oyente, pero prosiguió:

—Los paños calientes inflaman. El bisturí, cura. Tras el atropello, Laura vive una agonía. Por alguna razón no puede revelar la verdad, ni siquiera a ella misma. A final, su conciencia la obliga a decidirse. Quiere hablar, quiere confesarle a usted la verdad. Y el asesino planea otro crimen. Muy hábil, porque el sospechoso nunca podrá defenderse. Estará enterrado en Leningrado, tras un interrogatorio excepcional efectuado por un ruso llamado Denikin...

Se interrumpió porque, al mirar a Belmond, comprendió que había ido demasiado lejos en su corte de bisturí.

Richard Belmond se cubría el rostro con las manos crispadas. No había regresado solamente para salvar su futuro. Venía a vengar a una esposa fiel, amada. Moría el ensueño. Ya no era una muchacha

pura, poética, amorosa, sino una mujer infiel. El golpe final, irreparable.

La voz de Grelot adquirió compasión:

—Calma, hijo. No es más que una teoría. Recuerde que he dicho quizá. No sabemos nada concreto todavía.

En la habitación continua repicó el teléfono. Levantándose, Grelot fue a contestar. Tardó cinco minutos en regresar.

Su voz fue grave, pensativa:

—Laura intentó difuminar su relato, pero nos dio hechos y enlazan. El bar Auberge Normande está en Saint-Denis, en la esquina de las calles Bugi y Fontaine. El dieciocho de enero, una mujer llamada Odette Vernis murió instantáneamente atropellada por un coche que huyó y no pudo ser identificado.

Asestó Grelot un golpe de índice sobre la hoja donde había anotado el mensaje telefónico:

—Si bien no hubo testigos del atropello, el portero de uno de los almacenes vio el coche. No pudo tomar la matrícula, pero describió el tipo serie y año. Un «Simca» negro, del mismo tipo, serie y color que usted condujo hasta el aeropuerto. El mismo tipo de coche en que Laura murió.

Sentándose, escribió algo en una hoja nueva.

—La tropellada descrita como viuda, es interesante por carambola indirecta. Es su nombre de soltera el que nos interesa. Se llamaba Prevost. Exacto, Odette Prevost, y supongo sería la hermana de cierta criada leal, que mintió para que usted fuera guillotinado si regresaba.

CAPÍTULO X

La ciudad dormía. Richard Belmond, por vez primera en semanas, dormía profundamente. En un hotel de habitaciones por una noche, donde Grelot le orientó por si la policía visitaba el piso por sorpresa.

A menos de un kilómetro de donde Belmond descansaba, un hombre no podía dormir porque le habían interrumpido el sueño. Tendido en una amplia cama, escuchaba con el auricular pegado a la oreja.

Miraba con placer su gran alcoba porque reflejaba su propia personalidad. Un hombre amante de lo lujoso, del placer. En la cama, a su lado, había una comba. La mujer que lo había producido tuvo que irse al sonar el teléfono, y el hombre estaba a solas.

La lámpara roja de la mesita de noche resplandecía en las paredes amortiguadamente, y todo en torno, los héroes de la revolución ostentaban semblantes severos: Lenin ante los marineros, Voroshilov a caballo, los amotinados del acorazado...

Mientras escuchaba el teléfono, el hombre meditaba si algún día él se vería fotografiado entre los héroes.

Por fin, inexpresivo el duro rostro, dijo:

—Claro que estoy seguro, amigo mío. El francés Belmond llegó esta misma mañana y fue seguido apenas salió del aeropuerto... ¿Cómo dice? Repita, colega.

Su rostro no se alteró, pero bajo su ceja izquierda el párpado aleteó por impulso sanguíneo y colérico.

—No, no cuente con que yo lo elimine. No quiero escándalos aquí, y no tengo a mi disposición una organización liquidadora, amigo Denikin... Sí, quizá será lo mejor. Que venga usted. Su departamento nos metió en este embrollo, y usted se cuidará de sacarnos de él. Sí, mi querido colega, celebro que usted me comprenda. Belmond ha de morir y pronto..., pero usted, solamente

usted, será el responsable de cualquier fallo, mi querido Yegor Denikin.

Ahorquilló el teléfono y recogió un libro de la mesita. Tenía una cubierta amarilla y azul. Su autor era Georges Simenon.

Porque Andrei Vronin, jefe del Soviet Intelligence en París, era un gran lector de novelas policíacas.

En ellas siempre se hallaba algo nuevo, algo beneficioso.

Richard Belmond había pasado la mañana en el parque del Luxemburgo como un ocioso profesor. El resto del día vagabundeo por París. Tenía un extraño y absurdo convencimiento. Nadie le reconocería, nadie le pondría la mano en el hombro mientras brillase el sol.

Se había sentado en la cafetería, donde Odette Prevost abordó a Laura. Había bebido en la Auberge Normande, ante cuyas puertas ella había muerto atropellada.

Y ahora iba a encontrarse con Edmond Grelot. Tenía la cartulina en el bolsillo con la dirección que le había dado Grelot:

TOGREL & LUFOC

Import-Export

Una larga calle cercana al Sena en las afueras. Grelot le había dicho que estuviese en las oficinas de

Togrel & Lufoc

después de las ocho de la noche, mientras él, como explorador famoso, dedicaría la jornada a hacer penetraciones en terrenos desconocidos.

Penetró en la larga calle. Dos líneas de altos edificios, sin luces en las ventanas. El número 14 casi lo tenía enfrente. Atravesó la calle apresuradamente y subió unos peldaños conduciendo a las oficinas donde Grelot le había prometido venir a verle con noticias importantes.

La puerta se abrió al solo toque, y el vestíbulo olía a hule, gatos y desinfectante. Bajo sus pies, las tablas del suelo crujían. No había luz, pero a la llama de un fósforo pudo leer el tablero de información que los despachos de

Togrel & Lufoc

se hallaban en lo alto. Una flecha lo indicaba.

En el primer piso había otra pancarta con otra flecha. La pintura estaba desvaída, y las letras pintadas a mano por un aficionado. El negocio de

Togrel & Lufoc,

fuera lo que fuese, no debía ser muy próspero.

Siguió subiendo, siguiendo la dirección de la flecha. Ahora el hule del suelo había desaparecido, y las tablas rujían todavía más fuerte, con riesgo de hundirse, al parecer, y por fin llegó al tope.

Era un pequeño rellano, con un aparato calefactor a la derecha y una puerta con cristal opaco, sobre el cual destacaban en negras letras:

Togrel & Lufoc.

Belmond empezaba a creer que nunca podría olvidar aquellos dos nombres.

Tras la puerta, el despacho estaba vacío. El tenue resplandor que procedía de la calle permitía ver dos mesas con teléfono, una vieja máquina de escribir, un estante de libros y un archivador junto a la ventana.

No había señales de vida. Era solamente un pequeño despacho cerrado por el fin de semana. Fueran quienes fuesen, no le esperaban

Togrel & Lufoc.

Se hallaba a solas en el caserón y, poco después, empezó a maldecir mentalmente a Grelot por tenerle allí, esperando en las tinieblas.

Y poco a poco, el fastidio fue cambiándose en algo mucho más definido. ¿Qué sabía concretamente de Grelot? Que era un viajero constante, un explorador, un escritor de aventuras. Nada más. ¿De qué vivía Grelot?

¿Quién pagaba aquellas expediciones costosas? ¿Por qué se mostró tan dispuesto a ayudar a un fugitivo? ¿Por simple deseo de demostrar que era más eficiente que la policía?

Resultaba sospechoso que Grelot fuera a elegir precisamente aquel piso en todo París, aunque tuviera un amigo comisario. Para su pájaro, cráneos, armas y bagajes, Grelot pudo hallar sobrados sitios, muchos más económicos y adecuados en la ciudad.

Cabían varias teorías. Pudo ser pagado para ocupar aquel piso. Pagado para aguardar como una gran araña peluda en la red por si

alguna vez regresaba Belmond.

No era preciso el condicional, si alguna vez regresaba. Grelot «sabía» que estaba regresando. Ya no era necesario meditar quién era Grelot, ni quién pagaba sus viajes en torno del mundo. Podía colocarse un nombre y un rostro al que financiaba a Grelot.

El rostro de un hombre sentado en un despacho, un hombre muy cariñoso con los animales. Yegor Denikin.

Y él, Belmond, había hecho exactamente lo que Denikin quería. Había caído en la trampa más antigua del mundo. Confiar y aceptar la ayuda de un individuo a quien no conocía. Había mordido el anzuelo, tragándolo con sedal y caña.

Ya lo tenían donde lo querían tener. En el ático sin salida de un caserón desierto, con despachos sin ocupantes, sin transeúntes que pudieran oír...

Y ya venían. Mientras los pensamientos corrían por su cerebro, los oyó. La puerta acaba de abrirse abajo.

Hubo un crujido de tablas y pisadas por las escaleras. Lentas pisadas ruidosas subiendo lentamente.

No eran las pisadas de Grelot. Las habría reconocido, porque, pese al tamaño del explorador, sus pasos eran ligeros, felinos. Y en cambio, los pasos que oía eran lentos, pesados, como si perteneciesen a un tullido o a alguien llevando un fardo, una caja...

Grelot ya había desempeñado su papel, y ya no reaparecería. Ahora venía el ejecutor.

Miró en torno, desesperado, buscando una vía de escape, pero era evidente que no había ninguna. Solamente el despacho cerrado y su ventana. La de un tercer piso.

El único medio de escapar era hacer frente a aquellos lúgubres pasos de la escalera y abrirse camino. Se agazapó al principio del rellano, aguardando.

Ya estaban cerca. Pesados, opresivos, lentos, cargados con mucha mala intención. Agarró Belmond el pasamanos. Vio una sombra gigantesca, enorme, empezar a crecer en la pared, y tras aquella sombra venía una silueta oscura, jorobada, llevando algo que relucía siniestramente.

Contó lentamente hasta tres, arqueó el cuerpo y saltó. Había casi alcanzado la oscura silueta, cuando algo como un molino de viento le empujó escaleras abajo.

Las bajó como un tronco rodando. Lento al principio, más aceleradamente y sin aliento, hasta quedar en el rellano segundo. Con un peso encima, que era acero envuelto en lana manteniéndole contra el suelo.

Yacía en el segundo rellano con una luz que se encendía de pronto. Sus brazos, inmovilizados por el peso encima, y unos dedos buscando su garganta.

Dedos morenos, flacos. Y no podía apartarlos por culpa del peso de la masa de lana y acero. Todo lo que podía hacer era mirar arriba, al rostro encima del suyo. Leer la muerte en aquel rostro crispado, desconocido, al destellar el cuchillo en alto, disponiéndose a hundirse en su garganta.

Y súbitamente todo acabó. Como provisto de resortes, el rostro siniestro fue impulsado hacia atrás, el cuchillo cayó lejos y el peso desapareció de encima suyo.

Luego era alzado en vilo hasta quedar en pie, con otro rostro delante del suyo. Un rostro curtido, bronceado, convulso de furia, que gruñía:

—¿Cuál es el cochino significado de esta cabro..., de esta cabritada ultrajante?

Edmond Grelot lo empujaba rudamente contra la pared, y permanecía ante él resollando ruidosamente. Su expresión contenía una mezcla de furia, dignidad herida y total pasmo.

Belmond no contestó. No podía. Su aliento no volvía, y sentía fuego en la garganta. Miró al suelo y vio lo que le había mantenido prisionero bajó el puñal.

Una gran cama-diván con una pata colgando rota y un largo refilón a lo largo del tapizado.

Tras el diván, un hombre estaba en pie. Delgado, fibroso, moreno, barbudo y con mucho odio en los dorados ojos. Se inclinaba para recoger el cuchillo, y su expresión demostraba lo mucho que le habría gustado poder usarlo.

—Tienes razón en estar enojado, Abdel, pero en este caso, te señalo que estamos tratando más bien con un majadero que con un bribón.

Grelot seguía gruñendo, pero había indicios de diversión en su faz. Bajo el brazo izquierdo llevaba una almohada envuelta en una manta rosa.

—Tengamos en cuenta, Abdel, que el señor Belmond ha estado un poco bajo presión en las pasadas semanas, y debemos tolerarle los saltos y salidas de tono. Como me retrasé un poco, imagino que debió pensar que había caído en alguna trampa, y estuvo ansioso por escapar, chocando con la pata del diván, y haciéndole describir un torbellino que se le abatió encima por la ley centrífuga. Veamos, señor Belmond, explíquese.

Escuchó la tartajosa explicación de Belmond y rugió:

—¡Ya veo! ¿O sea que me creyó una especie de espía, de agente bolchevique? No cabe duda que el chino tenía razón. La estupidez humana es un pozo sin fondo cuando gime el miedo interno. Me paso la jornada trabajando en favor suyo, y luego porque vengo algo retrasado, permite usted que las ideas más insolentes y ridículas penetren en sus meninges.

Sacando un amplio pañuelo, se sonó con gran fuerza. Silabeó luego:

—Me retrasé porque deseaba que estuviese confortable. No es saludable para usted permanecer en hoteles, y éste será un excelente refugio. El señor Lufoc y yo le traíamos una cama. La subíamos al despacho cuando usted nos obsequió con este maligno ataque. Le presento al señor Abdel Lufoc, mi buen amigo y su actual anfitrión.

—Estoy profundamente avergonzado y realmente lo siento, y le presento todas mis excusas. No cabe más excusa que pueda ofrecerle que confesarle que me dejé llevar por el pánico, pero le ruego me perdone.

Tendía la diestra, y, por un momento, el barbudo no se movió. Seguían reluciendo sus ojos, y la crispación de su boca hacía que el cuchillo pareciese muy agudo y próximo.

De pronto el cuchillo desapareció, el rostro se distendió y su diestra, empuñando la de Belmond, la apalancó arriba y abajo con vigor.

—No tengo que perdonarle nada. Fue un error de buena fe, y ya queda olvidado. Soy Abdel Kader Lufoc, árabe tuareg, por desgracia, civilizado. Fui piloto mercante. Luego ayudante de Edmond Grelot. Ahora negociante. Importador de yute, quincalla y alfombras. Muy feliz al poder ayudar y esconder a cualquier amigo de Edmond.

Inclinándose, braceó el diván al hombro. Era un diván grande y pesado, pero Abdel Kader lo hizo parecer una funda con plumón.

—Estuve años con Edmond por el Pacífico y África. Le salvé la vida dos... no, tres veces. Una vez se cayó en un abismo de arenas movedizas, y lo extraje con un bramante no más grueso que mi dedo. Otra vez...

—Otro día lo contarás, Abdel —atajó Grelot—. No disponemos de tiempo para perderlo en reminiscencias personales y jactanciosas.

Girando sobre los tacones subió los peldaños, con el pequeño bulto de almohada y manta al sobaco. Tras él parecía esconderse bajo el diván el esbelto y menudo árabe de la tribu targui del Sahara.

En el despacho, mientras Abdel preparaba café en un hornillo de gas, Belmond, sentado en un taburete, preguntó:

—¿Ha visto a mi exsocio?

—Hice mucho más que verlo. Gracias, Abdel.

Aceptó Grelot la taza de humeante café, sorbiéndola con expresión de infinito asco.

—Le contaré mi entrevista con Lionel Feval, pero antes quiero aclarar la razón por la cual aceptó la sugerencia de Feval de ir a Rusia. Aparte la ventaja de abrir un nuevo mercado para sus calculadoras, ¿era tan necesario? ¿No podía conseguir un préstamo? De su suegro por ejemplo.

—No estoy seguro. El conde Joubert es posiblemente un hombre rico, pero sus obras de beneficencia han de agobiarle.

—Ya veo. Por consiguiente, su socio tenía razón a enviarle a Rusia en busca de capital. Siempre asumiendo la premisa de que su empresa necesitaba dinero para salvarse de la bancarrota.

—Naturalmente. Estábamos en pleno déficit deudor.

—Pudo ser por entonces necesario que fuera usted a Rusia, pero ahora, no. Muy seguro que no. Porque en este momento, Belmond, su empresa no necesita ningún dinero. Apesta de dinero.

Con su peculiar estilo, relató Grelot su visita a la factoría. Apenas avistó los talleres, comprendió que sobraba dinero. Maquinaria nueva procedente de Alemania, encargos abundantes y más maquinaria ya pagada que estaba en camino...

—¿Cómo pudo saberlo, Grelot?

—Gracias a Suzon Duhem, una robusta y succulenta contable, a la cual caía en gracia, Le gustan los hombres rudos, feos y célebres.

Todo aquel dinero brotó poco después de la muerte de Laura. Podía ser el pago por la falsa declaración de Feval a la Prensa.

Caminando entre las máquinas, comprobaba Grelot que todo llevaba señales de una reciente y abundante prosperidad monetaria.

Había una máquina nueva, que no estaba silenciada aquel sábado. Un gran depósito-tanque, de unos cinco metros cuadrados por tres de profundidad.

Un zumbido surgía de diversas tuberías ocultas, y un grueso tubo se incrustaba, sobresaliente, en la pasarela sobre el tanque.

Preguntó a Suzon qué era aquello, y supo que se empleaba para el tratamiento bajo el calor de metales ligeros. La temperatura dentro del tanque era la constante de quinientos grados centígrados y, tras la inmersión, una pieza de metal permanecía blanda y maleable durante horas.

Subió Grelot por curiosidad. Miró hacia abajo. Admitía que era horrible aquello. Un líquido quieto, que, pese a estar cinco veces por encima del punto de ebullición, no emanaba calor. Como si retuviera el ardor en espera de una víctima.

Un cuerpo cayendo allí dentro quedaría reducido a cenizas apenas sumergido. Apartó la vista de aquel mar gris y quieto. Suzon le hacía señales frenéticas.

No estaba solo en la pasarela. Lionel Feval se hallaba a seis pasos.

—Yo había pensado que Feval sería el clásico científico, despistado, de cabeza de huevo, cabello alborotado y gruesos lentes. Y aquel individuo era uno de los tíos más guapos que nunca vi. Pero tenía tres caras.

—¿Cómo...?

—Las tres se unían para darle rostro de adonis. La primera, la faz italiana. La alegría que había perdido, pero seguía latiendo. La francesa, cínica y decidida. Y sobre estas dos fases, la que importaba. Carente de emociones. El deseo irresistible de saber por qué A menos C se diferenciaba de A más B, y por qué un metal se fundía y el otro no.

Feval le había preguntado quién era y qué hacía allí. Una voz sin entonación como grabada en un disco. Y oyéndola supo Grelot que

su teoría era falsa.

Aquel hombre nunca pudo ser el amante de Laura, porque no podía ser el amante de nadie. No había ya en él ni calor humano ni deseo. Solamente sentía deseo hacia sus inventos.

Por eso, mujeres ardorosas como Suzon, dijo modestamente Grelot, sentían aversión hacia el bello Lionel. Por su indiferencia, porque las miraba a todas sin verlas, como si no existiesen.

Grelot contestó:

—Su encantadora empleada Suzon se ofreció a enseñarme la factoría. Aunque no soy ingeniero, estoy muy interesado en la materia, y espero que no sea algo inconveniente.

—No, no es inconveniente. Está terminantemente prohibido.

Feval se volvió hacia Suzon allá abajo.

—Sí, señorita Duhem. Está prohibida la entrada a los desconocidos en este taller sin mi permiso. Como igualmente le está prohibido a cualquier empleado regresar aquí después de las horas de trabajo. Queda usted despedida. Venga el lunes a recoger lo que se le deba. Y ahora váyase.

Ella se fue sin la menor protesta, como aterrorizada por la metálica, inhumana voz. Que añadía:

—En cuanto a usted, le conozco, señor. Como a todos los de su clase. Vino a espiar. O es un policía o un periodista. Y estoy harto de ustedes. Durante tres semanas me han infestado la existencia desde que mi socio mató a su esposa y me robó el invento. Pero esta vez ya pasa de la raya. Esta vez no me sacará ni una palabra.

Mientras hablaba se retorció las manos, y Grelot notó algo. Manos descoloridas, tumefactas por manchas, ácidos, quemaduras... Fáciles de reconocer sobre un volante.

Lionel Feval era un sospechoso en primer grado. Tenía manos características para identificar, ocultaba algo y sentía miedo. Y Grelot trató de obtener alguna verdad sacándolo de quicio.

Empezó a insultar a Feval.

—Le calificué de mequetrefe nervioso, necio orgulloso y patrón injusto, que acababa de echar a una empleada succulenta..., digo, eficiente... despidiéndola brutalmente, cobardemente. Añadí alguna palabra gruesa, poniendo en duda su virilidad, y sobre todo afirmándole que era un chapucero, que se creía un genio. Lo hacía con la esperanza de que perdiera el dominio y me diera alguna

pista. Y de pronto, amigos míos, me callé. Yo, Grelot, me callé.

Contemplaba Grelot el rostro nuevo de Feval. Y comprendió que había ido demasiado lejos en sus provocaciones, y que una muerte asquerosa se abría bajo sus pies.

—Sí, porque debí darme cuenta antes de que estaba tratando con un elemento distinto a lo normal. Lo debí leer antes en aquellos ojos dilatados, llameantes, aquel sudor febril y el cuerpo que no podía quedarse quieto. Porque aunque Lionel Feval es medio italiano y medio francés, también es ciudadano de otra nación.

Con solemne cabezada definió Grelot:

—Ciudadano de un ancho reino, cuyos súbditos son de todas las razas y credos. Cuyas fronteras son el mundo entero: el gran reino de las drogas. Al estudiar el rostro de Feval recordé haber leído que el alcohólico robará, mentirá y estafará, sin ir más lejos. Pero el drogadicto, cuando es provocado, es siempre un asesino en potencia.

Feval ya no se retorció las manos. Una de ellas reposaba sobre una palanca a su lado. Era evidente que se trataba del control del mecanismo hidráulico de todos los mandos del tanque y complementos.

Si la mano se movía, los goznes de la pasarela se retirarían, inclinándola, y Grelot caería en el mar gris y plomizo, sin nada en que agarrarse dentro de aquel baño de fundición.

Grelot permanecía quieto, acechando la furia del drogado en las facciones de Feval, viéndole luchar para dominar su mano...

—... Y sentí una gran ira. El terror y la muerte son cosas desconocidas para mí, amigos. Lo que me molestaba no era la muerte, sino el modo de morir. Yo no podía ni debía morir a manos de un hombre como Feval, un drogadicto, que no mataría por odio ni móvil humano, sino meramente porque no podía dominar sus manos.

Y el cazador, el explorador, vio dos alternativas para domar la fiera humana. La quietud calmaría los reflejos musculares. Moverse lentamente, preparando el salto hacia fuera.

Meditó unos instantes, acechando el rostro esquizofrénico, oyendo los zumbidos del gas y oliendo las sales fundidoras. Se decidió. Empezó a caminar lentamente...

—Y lo lograste, Caíd. ¿No se atrevería él a bajar la palanca,

supongo?

Abdel palmoteo a Grelot en un hombro. Aunque recio, era un palmoteo nervioso, como el de un niño calmando a un perro de mal genio.

—Naturalmente que no se atrevió, y no me hagas preguntas condenadamente necias. Sería algo difícil que estuviera yo aquí, si hubiese bajado la palanca de marras. Feval pareció recobrar la normalidad de sus sentidos al verme avanzar. Se limitó a volverse y alejarse a toda prisa hacia su despacho. No me molesté en seguirle. Había ido a explorar, no a matar.

—¿Y está seguro que toma drogas?

—He visto los síntomas muchas veces. El hábito puede ser reciente, pero exagera la dosis, como todos los principiantes. Deduzco que alguien ha estado suministrando drogas a Feval. No creo que él asesinase a Laura ni a la Prevost.

—Pero ¿quién pudo querer asesinar a Laura y complicarme a mí?

—No tengo todavía la menor idea. Pero vislumbro una posible solución, aunque todavía muy vagamente.

—Dígame lo que tengo que hacer, Grelot.

—Quedarse aquí. Reposar un día más, mientras yo empleo mi cerebro y nuestro amigo Lufoc utiliza sus talentos en un pequeño chantaje.

Bufó ante el leve ademán de protesta del árabe.

—Lo harás, Abdel, y sospecho que no sería la primera vez. Repasemos el caso. Feval mintió y fue pagado en dinero y con el completo dominio de la empresa. Hay otra persona que mintió y debió también recibir su paga.

—Germaine Prevost, la criada.

—Exacto. La señorita Germaine parece ser que ha progresado mucho. Tengo su dirección, y mañana Abdel irá a visitarla. Si juega sus triunfos bien, usted saldrá de peligro, Belmond. Estoy convencido de que Abdel logrará que hable y estalle la desleal excoriada, señorita Germaine Prevost.

CAPÍTULO XI

La señorita Germaine Prevost se hallaba instalada en su recibidor, en su amueblado piso, y se servía su vino Banyuls en su vaso.

El término de «señorita» era importante para ella, aunque todavía le sonaba raro. Un símbolo más de vida nueva. La criada Germaine había cesado de existir con la muerte de Laura Joubert.

Y quedaba la señorita Prevost, dueña de sí misma, bebiendo libremente su propio vino.

Una casita propia, un dinero en el Banco y una cantidad semanal. Ésta había sido su recompensa. Su hermana Odette se había querido pasar de lista y perdió la vida.

Germaine había bebido mucho vino suave aquella tarde del domingo. Arrastraba las zapatillas por la alfombra cuando acudía a la llamada del timbre. Iba a recoger la esperada cantidad semanal en forma de grueso sobre echado bajo la puerta.

No estaba el sobre. Abrió la puerta. Contempló al hombre en los peldaños. Un africano con barba y turbante y una cesta al brazo.

—Mis respetos, señora. Traigo bellas cosas para la señora.

Halagada, se hizo ella autoritaria:

—Señorita, y entre. No me agrada estar en mi puerta. Procure limpiarse los pies en la alfombrilla.

—Gracias, señorita, muchas gracias, servidor de usted, señorita.

Música celestial para Germaine. Ya tenía a alguien con quien estrenar sus ansias de desquite. Un ser inferior que hacía reverencias. Instalada en el sillón, adoptó Germaine aires de reina.

Abdel, arrodillado, abrió la cesta y fue canturreando las virtudes de sus figurillas, manteles y piezas de saldo de importación.

Germaine disfrutaba horrores. Vaso en mano, poniendo cara de altivez.

—Esto no, buen hombre. Muéstreme algo mejor, algo de calidad,

si es que puede. Sáquelo todo, y si hay algo que vale la pena, lo compraré, pagando al contado. ¡Cielo santo! ¿Es que no sabe enseñarme más que pacotilla de baja extracción?

Abdel Lufoc volvió a colocar las baratijas en la cesta. Se levantó, sonriente. Con la cálida sonrisa del zorro ante una oca.

—Dame dinero, señorita. Aunque no compres nada, dame dinero. Soy un pobre hombre que he caminado todas las calles, que camino de noche a veces. Y cuando camino veo cosas... Muy interesantes. Dame dinero y te contaré una de las cosas que vi, señorita Prevost.

—¿Sabes mi nombre? ¿Has venido a mendigar, insolente?

—Conozco tu nombre, mujer, y creo que puedo hacerte un gran favor. Una noche, hará unas tres semanas, estaba descansando ante una casa de pisos junto al parque Luxemburgo. Salió un hombre con aspecto de rico. Pensé acercarme a pedirle algo, pero tenía prisa. Entró en su coche antes que pudiera hablarle.

—¿Y a mí qué, Ali?

—Abdel, mujer necia. Recuerdo muy bien la cara de aquel hombre. Y pocos días después la vi en un periódico. Lo leí muy cuidadosamente, señorita Prevost, y empecé a maravillarme. Me intrigó que cierta criada dijese una mentira muy grande. Había dicho que aquel hombre salió con su esposa, y yo le vi salir solo. Yo le vi.

—¿Qué pretendes, miserable morisco?

—Pedirte consejo, marchita sultana, Dime qué debo hacer. ¿Debo ir a la policía y contarles lo que vi, o sería mejor callarme? ¿Sería para mí más beneficioso callarme, señorita Prevost?

Dio resultado. La insinuación de chantaje había llegado directa, tal como dijo Grelot: «¡Bang! En el mismo centro de la diaria».

La cabeza de la mujer retrocedió, su mano sobresaltada derramó vino por la alfombra, y hubo en sus ojos un súbito miedo.

Más que miedo, puro terror.

Y eso no era lo que había esperado. Había supuesto rabia, ansiedad, furiosa negativa, pero no terror. No, aquel colapso, con la boca del todo abierta, la mano crispada, el vaso roto y los dilatados Ojos que parecían mirar detrás de él.

Y súbitamente, Abdel supo que ella miraba a la puerta detrás de él, y en cada pupila femenina pudo ver la refracción. Lo que la

aterroizaba, la «cosa» detrás de él. Alguien que había abierto la puerta suavemente mientras hablaban, y que había acudido tan sigilosamente como un felino por el pasillo.

Alguien que estaba a su espalda, porque podía percibir el caliente jadeo en su nuca y oír el latido de un corazón que no era el suyo.

La explosión restalló tan cerca de su cabeza, que sus oídos parecieron estallar. Y la mujer tenía ahora tres pupilas.

Dos ojos en blanco, y una tercera pupila exactamente en el centro de la frente. Roja, volviéndose negra, al desplomarse de lado, derribando el teléfono, y mientras caía ella, Abdel oyó la voz a su espalda:

—Vuélvete muy lentamente. Y mírame, así. Gracias, así es mucho mejor.

Era una voz acostumbrada a dar órdenes.

Pero Abdel Lufoc nunca vio la cara del que hablaba. Solamente vio la mano. Una mano extrañamente deforme, que sostenía una pistola. Tan pesada y arcaica como un «Colt Frontier».

Abdel Kader Lufoc había hecho contrabando de armas, y tenía casi un interés de aficionado al mirar el arma. Y el arma volvió a estallar.

Una explosión que le empujó hasta que cayó junto a la mujer muerta. Unos pies avanzaron, y unos dedos, los de la mano deforme, tocaban su pulso.

Hubo un susurro de tela contra metal, y la enorme pistola fue colocada en la mano de Abdel Kader Lufoc. Los dedos deformes cerraron la palma del tuareg en torno a la culata.

Unos pasos de felino abandonaban la habitación, el pasillo, la casa.

Richard Belmond salía de cenar en una taberna fluvial, cercana a su refugio. Pasó ante un kiosco. Se detuvo, de pronto. Varios periódicos mostraban una foto en primera plana.

No era una foto con gran parecido, y había sido tomada años antes, pero era fácilmente identificable.

Su propio rostro, mirándole, y un titular:

«¿Ha regresado el asesino Belmond?».

No quiso leer más. Fue a un bar escasamente iluminado. Ya había decidido. Necesitaba hablar a solas con Lionel Feval. Si Lionel

pensaba que él no sospechaba nada, haría todo lo posible por evitar que fuese a la policía.

Allí estaba el teléfono. Fue a marcar los números. Y tras una pausa, oyó la voz de Lionel Feval. Una voz cansada, lejana.

—Los periódicos no mienten, Lionel. Sí, he regresado... No importa cómo, ahora. Has de ayudarme. Tienes que ayudarme, porque somos socios, y tú eres la única persona a quien puedo acudir...

No había peligro en aquel bar, pensó Belmond. La única persona que podía oír era una mujer de mediana edad, con gafas, que parecía estar abatida con sus problemas privados.

—Ha de ser ahora mismo, Lionel... Eso es. Conformes, viejo.

Richard Belmond colgó, abandonando el bar. Apenas hubo salido, la mujer se levantó y fue al teléfono. Era una mujer de aspecto muy corriente, muy francesa, y si alguien la hubiese oído, le habría extrañado el raro idioma en que hablaba. Un lenguaje a ratos musical, a ratos salvaje. Ruso.

Richard Belmond conducía un coche robado, porque la cita era en la *bandelieue*, en las afueras de París. El cinturón de pueblos cercanos, con casas de una planta y jardines.

La carretera seguía el curso del Sena. La colina bajaba hacia aquella carretera, y en su ladera, las casas se escalonaban, alternando con *bungalows*.

Condujo lentamente hasta detenerse ante uno de los *bungalows* más aislados.

Lionel Feval había acudido a la cita. A un lado de la puerta, ya había un coche parado. Un «Simca» negro.

Posiblemente, el mismo coche que llevó a Laura a la muerte.

La puerta del *bungalow* estaba abierta, y en su dintel apareció Lionel Feval. Alguien que había sido Lionel Feval, porque había cambiado mucho.

Reconoció Belmond los rasgos faciales y el flexible cuerpo, pero nada más. Era un desconocido el que estaba ante él, intentando sonreír con un rostro que ya nunca podría sonreír.

Un extraño que le asía la diestra en un apretón tan blando y húmedo como la presión de una mano muerta hacía años, bajo el agua.

Siguió al que había sido su socio, dentro del *bungalow*, y alentaba en los ojos de Belmond algo de compasión con el odio y el temor.

La habitación *living-comedor* seguía igual. La gran mesa con candelabros, ya que la luz debía haber sido desconectada.

La misma cortina separando la biblioteca del comedor.

Y al mirar hacia la cortina supo que, tal como suponía, Lionel Feval no había venido solo.

Aunque la cortina parecía la misma, había algo distinto en ella. Estaba tendida. Y donde los pliegues se unían había algo.

Una mano.

Una mano que nunca había visto antes, porque era la zurda, y siempre estuvo oculta por la penumbra, guantes o un bolsillo.

Los dedos eran anchos como los de un hombre, pero cortos como los de un niño. Tenían sólo una falangeta, y las uñas crecían donde tenían que estar los nudillos.

Al lado de Belmond, Feval trataba de hablar. Quería pronunciar unas palabras que no acudían, mientras el sudor manaba por su rostro y su respiración era ácida, agria, mezclándose al olor del humo de vela.

Cuando habló fue con una voz quebrantada, envejecida:

—Lo siento. Tuve que hacerlo, Richard, pero... siento... mucho...

Dando media vuelta, salió, cerrando la puerta.

Tan pronto quedó cerrada la puerta, las cortinas se descorrieron y entró el conde Alain Joubert.

—Volviste, muchacho. Regresaste a tu tierra, desde Rusia. Permíteme darte la enhorabuena.

Dos hombres le habían seguido dentro de la sala, y Belmond los conocía. Eran Florens y Lorrain. Uno, el chófer, y el otro, una especie de factótum.

Permanecían erguidos tras su amo, y eran como soldados escoltando a un monarca. Expresiones de granito, carentes de emoción alguna.

—No fue inteligente por tu parte regresar aquí, Belmond. Pero demostraste valor. Lo cual es una pena.

Se interrumpió, pareciendo examinar las uñas de su horrible mano.

—Antes de mi accidente, yo cazaba dos o tres veces por semana, pero el final de la caza me causaba malestar con frecuencia. Se me antojaba que un bizarro animal que había luchado tenía derecho a una oportunidad de escapar. Sigo pensando así. Y es una pena que, tras tu largo y peligroso viaje desde Rusia, deba yo ser responsable de tu muerte.

—Usted será el responsable. Me matará como mató a su propia hija. Y aunque no sé por qué, aunque ignoro qué manía o maldad le impulsa, creo que hay algo muy cierto. Creo que ya está usted ardiendo en un infierno constante, por su atroz crimen.

—Bien, muy bien, Belmond. Como dije, me agrada un animal que ofrece buena pelea. Tendré que matarte por una razón sencilla. Te has interpuesto en mi camino. Sin embargo, se me antoja justo que deba explicarte por qué debes morir.

Lo explicó. Era la historia de una familia. Una historia de rapiña y conquistas, siempre arrebatando algo sin dar nada nunca. Hasta que un día sonaron palabras absurdas, tales como libertad, igualdad y fraternidad.

Uno por uno, castillos que se iban desalojando; una por una, grandes mansiones en la ruina por una serie de ratas roedoras llamadas impuestos. Y solamente quedó una sola mansión. La de origen, la cuna donde había nacido el primer conde de Joubert.

Y había un muchacho que amaba aquella casa. Era un muchacho raro, cuya mano deforme le hacía objeto de burlas. Supo que la casa ancestral iba a perderse. Supo que tendría que luchar contra el mundo entero para salvaguardar su casa.

Tan pronto murió su padre, y las deudas, impuestos, hipotecas fueron su herencia, empezó la batalla. La ganó. Porque vio algo que le asombraba.

El hecho de que mucha gente que había pasado su vida entera produciendo o amasando dinero, hacia el final de sus existencias, abandonaba la presa monetaria, en nombre de la caridad, para obtener la misericordia divina.

Planeó su operación. Un modo de encauzar parte de aquel dinero en su propio beneficio. Su antiguo y respetado nombre apareció en cabeza de una docena de buenas causas, de un centenar de llamamientos para fondos benéficos.

Con el tiempo, no solamente aquellas nobles causas llevaban su

nombre, sino que eran controladas por él y dirigidas por él, y sus cuentas eran abiertas para él solamente y para los que le servían.

Mucha parte del dinero iba, lógicamente, a obras de caridad. Tenía que ser así por la publicidad y la buena marcha de las contabilidades. Los llamamientos que hacía eran auténticos casos y legítimas necesidades, pero no consumían todos los fondos. Siempre había un chorro de dinero que manaba a su propio fondo particular.

Y las deudas se pagaron, las hipotecas fueron canceladas, los muros y techos, restaurados. Regresaron los jardineros, los siervos, los granjeros. Había mantenido su promesa, había ganado la batalla.

No se detuvo. No podía, aunque hubiese querido. Lo que empezó siendo una conversión fraudulenta para salvar unas fincas, se había convertido en una gozosa obsesión y una guerra personal contra el mundo y una nación sin rey. Una guerra de engaño y fraude, que terminó en crímenes.

Más fondos de caridad fueron fundados, prosperaron un poco y se extinguieron, por falta de fondos. De vez en cuando, un benefactor que sospechaba se extinguía también un poco antes de lo normal.

Alain Joubert había empezado solo, pero pronto asalarió soldadesca. Florens y Lorrain, creyentes como él en una edad sin blanduras, y que habían nacido para servir, y le servían como los hombres de armas de un conde feudal.

Todo ello lo explicó a Belmond, sin rubor, ni reparo, ni conciencia de culpa. Como si sus actos fueran los de derecho, los propios, y completamente naturales por ley de descendencia.

—Y entonces, una desgraciada sierva se interpuso en mi camino. Una mujer llamada Odette Prevost, que empleé antaño a mi servicio. Descubrió ciertos hechos sobre mis actividades, y trató de aprovecharlos para someter a chantaje a mi hija. Fui informado, y pude terminar con las infames actividades de aquella sierva.

Su mano se contrajo.

—Pero el daño ya estaba hecho, puesto que Laura conocía la verdad. Y Laura era una muchacha extraña. Para ella había dos caminos, y ambos los hubiera comprendido yo. Comprenderme a mí y aceptar mis actos, o contártelo a ti y acudir a las autoridades. Pero no hizo ni lo uno ni lo otro. Hubo insania mental por parte de

la rama materna de la familia, y ella la heredó. Ni pudo traicionarme ni comprender mi lucha. Su mente empezó a desvariar.

—Y usted decidió matarla, señor conde Joubert.

Por vez primera vio Belmond tristeza en los ojos de Joubert.

—No, ni por un instante, no al principio. Nunca quise matarla. Debes creerme, Belmond. Exijo que me creas. Ni en el momento final quise matarla. ¡Por Dios y mi patria debes creerme!

—Sí, le creo, señor.

—Juro que solamente quise eliminarte a ti. Lo planeé todo. Un cambio de volante, cogiendo el de tu coche para colocarlo en el otro, igual de aspecto. Y la noche que fuiste a Rusia, cité a Laura. Hice un último llamamiento a su lealtad, a su sensatez. Paseamos en el coche durante horas, y traté de hacerle ver la verdad, hacerle comprender que mis acciones eran legítimas, hacerle asimilar que nuestra sangre estaba por encima del juicio y condena de la plebe.

Irguió más la cabeza el conde Joubert.

—La pobre hizo algo que demostraba su locura. Quiso... matarme a mí. Al último descendiente de los Joubert. Forcejeó conmigo, intenté arrebatarme el arma... Se disparó. Yo solamente quería eliminarte a ti, haciéndote aparecer como ladrón de un invento que pertenecía a la seguridad de la patria. Y ella no supo comprender. Murió sin comprender. Pobre Laura.

—Mi pobre Laura —puntualizó Belmond.

No podía ya mirar al fantasma de una civilización extinguida.

—¿Por qué destruyó a Lionel? ¿Por qué mintió Lionel?

—Por una razón muy sencilla, Belmond. Le pagué por ello. Lionel es un extraño individuo. No posee pasión humana, ni lealtad, ni sentimientos humanos, sino un solo amor. El amor por su trabajo. Tú te interponías. Eras el hombre práctico, el hombre de números. Frustrabas al creador. Reconozco que no aceptó mi oferta, al principio.

—¿Cuál era, señor?

—Un nuevo taller, maquinaria nueva, todo lo que ansiaba, por una leve mentira y tu vida. Tuve que insistir, darle ánimos. Los falsos ánimos que brotan de una inyección. Pero tú mostraste ánimos arraigados, Belmond, luchando como un animal valeroso para regresar al hogar, y me gusta tu valentía, de veras.

Caminó hacia el fondo de la sala. Una figura alta, erecta, caminando con extraña pisada felina, encogida la deforme mano.

—Créeme que lo lamento, Richard.

Era la primera vez que hacía uso del nombre de pila de Belmond.

—Lamento este final, y que tenga que ser así. Pero debo proteger una noble ambición. Mi ensueño de grandeza, poder y nobleza. Debo proteger la herencia de ochocientos años de grandeza. Y ahora, Lorrain va a ejecutarte.

El hombre llamado Lorrain avanzó, y su diestra era como un instrumento curtido, en torno a una enorme pistola anticuada. Tenía el semblante impasible del siervo que obedece órdenes, cualquier clase de órdenes.

Belmond permaneció quieto, acechando la enorme pistola «Webley», y, por un instante, pensó en luchar. En lanzarse sobre Lorrain y arrancarle el arma. Era inútil. Aquel hombre era un asesino, tan profesional como cualquier pistolero de los bajos fondos, y sabía Belmond que antes de que tocara siquiera el cañón ya estaría muerto.

No valía la pena luchar. No valía la pena insultar a Joubert por su soberbia demencial. Había llegado el final.

Y era mejor, mucho mejor, afrontarlo con dignidad, con real nobleza.

Se irguió, esperando la muerte. Una muerte que anidaba en aquel dedo blanqueando en el gatillo.

Y fue una lástima que mirase tan fijamente un punto. Porque, de nuevo, como en la carretera del Pueblo Puchkin, no vio el milagro que le salvaba.

A sus espaldas, se abrió la puerta.

Yegor Denikin alzó su metralleta y le voló la cabeza a Lorrain.

CAPÍTULO XII

Denikin avanzó con la metralleta apoyada en la cadera, y roció la habitación como un jardinero regando rosas.

Convirtió el cuerpo de Florens en una roja criba, al intentar éste recoger la pistola que dejó caer Lorrain, y luego envió un largo chorro al hombre altivo, que se hallaba tras la mesa.

Bajando el arma, Denikin se reclinó contra la pared y, sacando un pañuelo, empezó a secarse el rostro. Un empleado concienzudo, haciendo el trabajo para el cual era pagado, un trabajo por el que acababa de matar a tres hombres.

Uno no murió en el acto. El conde Alain de Joubert permanecía en pie, con un surco de pequeñas picaduras rojas en el pecho.

Su rostro apergaminado mostraba solamente incredulidad. Era como si en su cerebro apagándose solamente desfilasen dudas... «No puede ser, no puede pasarme esto a mí...».

Y de pronto, sus rodillas empezaron a doblarse, sus ojos a helarse completamente y sus facciones a distenderse ante la final decisión que en sus labios hizo formularse la última plegaria:

—Mi único Señor... Solamente a Ti pido perdón y clemencia...

Murió. En el suelo, junto a Florens y Lorrain. Mezclándose su sangre con la de ellos. En la muerte, amo y siervos pertenecían a la misma clase.

—Buenas noches, Belmond. Parece ser que llegué oportunamente.

Y Denikin se guardó el pañuelo. Encañonaba nuevamente.

—Por favor, no, no se mueva. Tras una cacería tan larga, no deseo matarle, pero si es necesario, lo haré. Ya es poca su importancia, para nosotros. Aquél es el elemento que nos interesa.

Señaló hacia los dos hombres que habían entrado empujando a un maltrecho Lionel Feval.

—Me ha hecho recorrer mucho camino, Belmond. Mis superiores

me reprochaban su afortunada fuga, y habiendo sido usted testigo de nuestro sistema interrogatorio, parecía necesario suprimirle. Pero un muy desagradable empleado de la Embajada insistió en que debía venir a ocuparme personalmente de este trabajo. También dijo que si usted debía morir, yo tenía que hacerlo de manera que no arrojase sospechas sobre el Gobierno soviético.

Suspiró Denikin:

—Usted decidió jugar a detectives y telefoneó. Una llamada que pudo escuchar mi agente nuestro. Y aquí estoy con usted, Belmond. Ahora ya tengo a mi disposición al que necesitamos, el creador, el inventor de este circuito para proyectiles misiles que esperaba me dibujase usted. Voy a llevarles a usted y Feval a Rusia, y allá oiremos toda la verdad.

Denikin miró a través del abierto umbral. Tinieblas.

Preguntó Belmond:

—¿Cree realmente que podrá hacerlo?

—No lo sé, Belmond. Honestamente, no lo sé.

Denikin vio cómo sus ayudantes esposaban juntos a Belmond y Feval.

—Más bien dudo que tenga éxito, ya que he oído decir, que mis colegas franceses son duros y eficientes. Pronto sabremos hasta qué punto es verdad. Pero tengo que tratar de ganarme mi muy generoso salario.

Retrocedió para dejar pasar a los dos prisioneros empujados.

—Vamos a ver si son capaces mis colegas franceses de impedirme terminar decentemente mi trabajo.

Todo volvía a empezar. Belmond vio a Denikin caminar hasta la esquina del *bungalow*, sacar un silbato del bolsillo y emitir dos cortos pitidos.

Por el prado, un motor empezó a roncar, acudiendo, y un «Cadillac» vino a recogerles.

El «Cadillac» se aproximaba, y para Belmond no era un coche lujoso, sino una cárcel, una prisión ambulante, que le llevaba a la tortura.

El «Cadillac» dobló el viraje con su motor ronroneando. Un coche soberbio, una fortuna sobre ruedas. Y Denikin lo detenía. Como un guardia del tráfico. Alzando la mano para detenerlo donde quería.

No, no lo detenía.

Denikin agitaba el puño, gritando furioso y tratando de retroceder.

Y de pronto, Richard Belmond supo que la pesadilla iba a terminar. Porque el «Cadillac» avanzaba con súbita velocidad, con sus blancos neumáticos chirriando en la gravilla, y sus faros deslumbrando y silueteando a Denikin como a un muñeco en un escenario.

Dos toneladas de acero, cristal y aleaciones embistiendo contra la esquina del *bungalow*. Todo terminó en un segundo, pero pareció durar mucho más.

Belmond vio a Denikin empezar a alzar la metralleta. Tarde. Le vio intentar correr a un lado. Tarde. Y al final, vio la sonrisa de Yegor Denikin.

Complacida. La del empleado que ha tratado de hacer su trabajo lo mejor posible y muere sin remordimientos.

Poco antes que el «Cadillac» se empotrara en la pared, oyó Belmond algo que recordaría siempre.

Un crujido familiar, pero ampliado mil veces.

Un sonido similar al de una cucaracha aplastada.

Habían transportado los cadáveres, llevando a los tres rusos supervivientes a una clínica especial y a Lionel Feval a un sanatorio.

Edmond Grelot estaba altamente complacido consigo mismo.

El último mensaje de Abdel Kader Lufoc, en su agonía, unas palabras nada más, había bastado para que, furiosamente Grelot decidiese arrasar, vengar, terminar.

Reclinado en un confortable sillón de un despacho especial, meditaba que el azar, a veces, es útil. Nunca creyó que los rusos se iban a entrometer, pero aquel «Cadillac» aparcado a poca distancia del *bungalow* le pareció muy adecuado.

El chófer tirado sin sentido al suelo, el «Cadillac» avanzando al sonar el silbato y, por último, la figura de Denikin bailando como un pelele a la luz de los faros.

Sí, Grelot estaba muy satisfecho de su gran genialidad. Tendidas las piernas, encendió un cigarrillo y sonrió, radiante, a su audiencia: Richard Belmond, el comisario Paul Dubosc y el coronel del Intelligence francés.

Pero el comisario Dubosc no devolvió la sonrisa. Recordaba la cena placentera en su restaurante favorito y la irrupción de Grelot, sacándole casi a rastras, llevándole a las afueras, conduciendo veloz y mal, quebrantando todos los códigos ruterios, imprecando, insultando a los asustados conductores mirando el reloj y sin explicar a qué se debía aquella conducta arbitraria.

Por último, habían parado en un viraje tras un gran coche americano.

Grelot había salido, efectuando un ataque sin provocación sobre un chófer descuidado, al que cazó a puñetazos.

El final era indecible, inaudito. El, un veterano de la policía francesa, metido en un «Cadillac» y obligado a ser testigo de un asesinato contra la pared de un *bungalow*.

Trató de dominar su voz, de hacerla normal:

—Edmond Grelot, dime, viejo amigo mío que eras... ¿qué clase de hombre te crees que eres?

—¿Qué clase de hombre soy? —Y la sonrisa de Grelot se dilató en mayor complacencia—. Prefiero no dar mi opinión personal, Dubosc, por exceso de modestia, pero los hechos deberían hablarte por ellos mismos. La prueba del pastel está en comerlo, ¿no? Por sus frutos lo conoceremos.

—¿Cuáles son esos frutos, Grelot? Primero, el señor Belmond fue capaz de huir de Rusia y regresar. Pero ¿qué hace luego? Regresa a su piso, esperando encontrar el diario de su esposa, y te encuentra a ti. Cae bajo tu influencia, y juntos decidís investigar. No critico mucho al señor Belmond. Tras sus experiencias, su mente pudo desquiciarse provisionalmente, y soslayó el evidente hecho de que su deber era entregarse a la policía. Por lo que a él concierne, el señor Belmond es libre de salir ahora mismo.

Aprobó Grelot:

—Váyase, muchacho. Ya nos veremos luego. Sigue, Dubosc.

—En cuanto a ti, no hay excusa que valga. Era tu deber de ciudadano comunicarme los hechos. Admito que llegaste a hallar la verdad, pero ¿a qué precio? Seis vidas...

El rostro de Grelot era una lámpara roja. Bramó:

—¡Miserable polizonte! ¿Cómo te atreves a hablarme así? Tú, un burgués miope, incapaz de hallar una mosca reptando en su lomo. Hablarme así a mí, que te resolví el caso más complicado de la

historia de Francia...

Intervino el coronel:

—Hemos de reconocer que la actividad del señor Grelot ha sido altamente beneficiosa...

—¡Usted hablará luego! —rugió Grelot—. A ti, Dubosc, te reprocho esta espantosa demostración de ingratitud... Me apena ver que te traigo en bandeja al servicio ruso de espionaje...

—Cálmese, amigo mío —ordenó el coronel.

—¿Calmarme yo? Oiga, yo enciendo cerillas en la frente del coronel Zino, un gran valiente que...

Richard Belmont no aguardó el resto de la discusión. Edmond Grelot nunca necesitaba ayuda.

Fuera amanecía. El sol primaveral entibiaba.

Laura había muerto. La historia de los Joubert había terminado. Ella podía dormir en paz, en el panteón de la familia.

El tenía que seguir adelante. Porque, por más que hubiese amado a Laura, continuaba viviendo en un mundo suyo, normal. Y ya no habría más pesadillas.

Siguió caminando bajo la suave luz solar del amanecer, que infundía tibieza de optimismo a las calles de París.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

